

Poncho

Buenos Aires, 1938

Álvaro Yunque

Para Arturo Melo y Samuel Mallo López.

Amigos:

Me regocija unir los nombres de ustedes en esta dedicatoria, porque veo, hoy, en ustedes, cómo será el médico de mañana

Buenos Aires, enero de 1938

Poncho

*No hay dolor más acerbo que el del niño que
descubre por primera vez la perversidad de los demás.
Romain Rolland*

I

- ¿Me lo da? ¿Es cierto? ¿Me lo da?

El chofer miró al niño que ante él, con las pupilas asombradamente redondas, temblaba de júbilo, y asintió:

- Sí, te lo doy.

Después, casi conmovido por su alegría, le dijo la verdad:

- Tené cuidado; hacelo curar, porque me parece que tiene un poco de sarna en la cabeza. Ponele azufre. Los patrones me dijeron que lo tirara. Pero es un perro muy fino... ¡Chau!

Hizo andar el auto, grande, casi más grande que la pieza donde vivía Poncho, y el niño quedó con el animalito entre los brazos que le temblaban. Lo miró bien. De tan feo era lindo. Nato, rechoncho, con las patas como arco de barril, los ojos saltones, rabón, cara de malo...

Le habló por primera vez para definirlo, darle nombre y diferenciarlo así de la multitud anónima de los demás perros:

- Oí, perrito: a mí me dicen Poncho. Vos te vas a llamar Poncho también, ¿querés? El animalucho ni lo miraba. Somnolente, vagaban lejos sus ojos saltones.

Poncho siguió hablándole:

- Yo te voy a curar la sarna. Ahora mismo te llevo a casa de Juan; su padre es veterinario. ¿Quedes, Poncho? El me va a dar algo para curarte. ¡Vamos, eh! Y como en la cabeza tenía sarna, lo besó en la trompa negra.

Desde aquel día fueron hermanos.

Pertenecer a un niño rico es, para un perro, una suerte codiciable, pero no es menor la de ser el hermano, compañero, único juguete de un niño pobre. Compartir con él su libertad callejera, peligrosa, pintada de riñas y de aventuras.

Poncho, el perro, y Poncho, el niño, confundieron sus vidas como sus nombres. Por el perro, para satisfacer su gula de cachorro insaciable, el niño robó azúcar a la madre, o un trozo de carne a una vecina, o un chorizo en el mercado, o galletitas al almacenero.

Todo desaparecía en la boca del cachorro, que crecía y robustecía. A los pocos meses constituyó el orgullo del niño. Se agenció un collar con pus que le quitó a otro perro, un bozal, una cadena; y así lo paseó por el barrio, ante la codiciosa mirada de sus compañeros. Y fue respetado, temido. El perro pagó con largueza sus cuidados y sus sacrificios, porque no pocas veces, cuando el puchero escaseaba, el niño se conformó con chupar el hueso que al perro se destinara y servirle la carne que a él le sirvieran. El podía quedar con hambre, el cachorro no.

Este - mejor, su estómago voraz, tumba de todo lo comestible - era para el niño una cosa sagrada, un ídolo al cual se debía sacrificar. El perro pagó sus desvelos: hizo que todos lo respetaran. Bastábale pararse, mirar con sus ojos saltones y sanguinolentos, gruñir cuando mucho y el rival de su amo comenzaba una prudente y temerosa retirada, a la que Poncho, el niño, convertía en vergonzante con sólo aflojar un poco la cadena del perro y susurrarle: "¡Chúmbale!" La fama de Poncho, el perro, se asentó sólidamente con su primera pelea: derrotó a un perro de policía mucho más grande que él, le lastimó una pata, le arrancó un trozo de oreja, lo sangró de la boca...

Desde aquel día Poncho, el perro, comenzó a recibir el homenaje de todos los niños del barrio: masitas, bizcochos, caramelos, azúcar, chocolate...Se constituyó en el orgullo del barrio:

- ¿Vos decís que tu perro es bravo? ¡Si vieras el que tiene un chico que vive al lado de mi casa!

El renombre de Poncho, el perro, se difundió por las escuelas, por distintos barrios. A veces venían chicos sólo para ver la fiera. Llegaban en pandilla, traídos por uno de los del barrio. Entonces se largaban al conventillo donde vivía Poncho, y aguardaban en la puerta. El niño no se hacía rogar. Pronto salía con su perro abozalado y encadenado, lo cual aumentaba su prestigio. Y oía, satisfecho, el murmullo de admiración que su presencia provocaba.

-¡Qué cabezota!

-¡Mirá que pescuezote!

-¡Y las patazas!

Llovían las preguntas:

- ¿Por qué no tiene cola?

Poncho, erudito de su perro, contestaba con exceso de detalles:

- Para que los otros perros no puedan agarrarlo de allí. Miren la boca; es así ancha para que pueda morder con las muelas y todos los dientes. ¡Y donde cacha, no suelta más! Una vez...

Y comenzaba a narrar hazaña tras hazaña, victoria sobre victoria. La hipérbole hinchada por su imaginación se hacía redonda como un globo, subía, se remontaba lejos, a las nubes, seguida por los ojos y las bocas abiertas de los otros niños extasiados.

- ¡Este es un perro de pelea! Si quiero, lo vendo por... (dudaba, ¿le creerían? Y decidíase al fin): ¡Lo vendo por ochenta pesos! (Le creían, nadie protestaba, y él, entonces, rectificábase, casi arrepentido): ¡Qué por ochenta pesos, por cien, por ciento veinte! Es capaz de pelear contra diez perros juntos, contra un tigre...

- ¡Eh! - hacía alguno.

Y él agregaba, impertérrito:

- Si, contra un tigre cachorro.

- ¡Ah! - se conformaba el interruptor.

- ¿Recién nacido? - preguntaba otro, menos crédulo.

- ¡Qué recién nacido! ¡Contra un tigre de varios meses! ¿Y te crees que mi perro tiene mucha edad? ¡Si no tiene un año!

-¡Oh!

Le traían perros con fama de bravos para que los peleara. Poncho derrotó a uno, a otro. Hubo que separarlo de un tercero, porque se mataban. Una noche estranguló un gato allí, en la calle, en presencia de veinte chicos. En vano el felino bufó, arqueó el lomo erizado, ensayó todas sus instintivas artimañas para amedrentar al enemigo. Poncho se le tiró encima, lo atrapó del pescuezo y comenzó a zamarrearlo como a un trapo. Cuando se le desprendió de los dientes, el gato no se movió más. Entre sus dientes y en un instante, había dejado las siete vidas. La hazaña lo consagró. Poncho - ¿quién lo podía dudar?- era el perro más bravo de Buenos Aires. Esto no se discutía. ¿De la República?: tampoco. ¿De América?: quizá. ¿Del mundo?: ¡quién sabe!...

Poncho, el niño, comprendió que el temor que su perro inspiraba, de reflejo, lo inspiraba él también.

Nadie se hubiera atrevido a tocarlo. Como si la intimidad de su perro le transmitiese a él ferocidad, los otros chicos, sin explicarse porqué, sin pretender explicárselo, le temían.

El niño pagaba a su perro con golosinas, con besos y abrazos, con amantísimas palabras. Frente a su cabezota de ojos somnolentos, se pasaba las horas conversando.

Iba al colegio por la mañana, la tarde consagrábala a su perro: le daba de comer, lo bañaba, salía con él encadenado y embozalado a recibir la admiración de sus adoradores. ¡Si ésto no era ser feliz, absolutamente feliz!... ¿Que él era un niño

pobre y enfermucha, hijo de una lavandera viuda que vivía tosiendo, condenado a marchitarse en un conventillo, dentro de una pieza maloliente? ¿Que vestía andrajos? ¿Que comía sólo un mal puchero, que no podía ir al cinematógrafo ni al circo, que nunca había tenido otra pelota de fútbol que la hecha por él mismo con papeles de diarios?... Pero un niño que posee un perro bravo como el suyo, ¿necesitaba de eso para ser feliz, absolutamente feliz? ¡Si él no necesitaba nada! Y se sentía feliz y gozaba su felicidad plena, alegre y orgullosa, su felicidad sin deseos...

II

Pero la vida acecha a los felices, aun a los que poseen la más modesta de las felicidades. La vida acechaba a Poncho, niño pobre y enfermucha, andrajoso y mal alimentado, sin juguetes ni diversiones, hijo de una lavandera tísica. Lo acechaba. Por fin, le dio su zarpazo y le robó su insignificante felicidad. Una mañana, Poncho llegó del colegio apresurado como siempre, anheloso de ver cuanto antes a su perro.

Entró en el cuartucho y sorprendió a su madre llorando.

- ¿Qué tenés? ¿Por qué llorás, mamita?

Motivos tenía. Se los dijo: la acababan de expulsar del taller donde trabajaba. Una señora había averiguado que ella estaba tísica y retiró sus ropas; la dueña del taller, temerosa de que esto se repitiese, la expulsó.

¿Dónde ir? ¿Y si hallaba acomodo, en cuanto descubrieran su enfermedad, no la echarían también?

Continuó llorando.

Poncho - ya que ella no dejaba que la abrazase y la besase por temor al contagio - se abrazó a su perro, lo besó muchas veces en la boca negra y no respondió nada.

Después llegaron días espantosos: la madre buscaba trabajo, inútilmente. Otra vez la sorprendió llorando, y ella, ya demasiado golpeada, careciendo de fuerzas suficientes para luchar sola, no pudo ocultarle al niño lo que la angustiaba. Se lo dijo otra vez: se habían terminado los ahorros; los comerciantes ya no fiaban; al carnicero le debían dos pesos, uno con veinte al almacenero, noventa centavos al panadero; ya no había a quién pedir, de dónde sacar fiado, y ella no hallaba acomodo. ¿Qué comerían?

- Esperate. Yo sé - dijo Poncho, y salió con su perro. Regresó cargado de pan, bizcochos, caramelos, chocolate, hasta un trozo de carne. Y se explicó:

- Me lo dieron los chicos del barrio. Lo comeremos nosotros. El perro tiene dónde comer. Se lo presté a Perico y él, por tenerlo en su casa, le va a dar de comer. El padre es rico y tira mucha comida.

Así pasaron cuatro días más. La madre halló quien le diese algún lavado suelto. Para comer había. ¿Y el alquiler? Como una amenaza, empezó a llegar el día de pago. Faltaban cinco días, después faltaron cuatro, tres., dos. La madre volvió a confidenciarse con el niño, a apoyarse en él.

- El encargado ya me habló. Vos sabés como es don Jerónimo. Es capaz de ponerme todo en medio del patio. No quiere oír razones. ¡El que no paga, a la calle! No quiere que se atrasen un solo día... ¿Qué hacemos, Poncho? Pensá vos, porque yo no tengo fuerzas ya. ¡Me siento tan débil como si me fuera a morir ahora mismo!

Poncho, el niño, pensó...

Y dijo a su perro:

- ¡Vamos!

- ¿Dónde vas? ¿Qué vas a hacer?

- Yo sé, mamita. Dentro de un rato te traigo para el alquiler.

Salió.

Había resuelto algo heroico: vender su perro, su felicidad. Recordó que un hombre, cierta vez que él paseaba con su perro, se lo quiso comprar para hacer cría con una perra de igual raza. Poncho no le respondió siquiera. ¿Vender su perro? ¿Pero había en el mundo dinero suficiente para pagarlo? Entonces creía que no, ahora sí. Ahora - pensaba Poncho - si me dan cien pesos, se lo doy; pero siempre con la condición que me deje ir a visitarlo..."

Ya estaba ante el hombre:

- ¿Qué querés?

- Le vengo a vender mi perro.

El hombre hizo una mueca despectiva, y se aproximó a examinarlo.

- ¡Guardia! - ¡Mire que es bravísimo!

- ¡Oh! Conmigo no hay animales bravos. Yo sé como se doman.

Y seguro, tranquilo, le abrió la boca, le miró el paladar, le revisó los dientes.

Poncho, el perro, lo dejaba hacer. El niño, asombrado de esta pasividad, miraba al hombre, hercúleo, cara bestial, cabeza chata, gesto despreciativo. Su puñetazo sería anonadador y su puño, armado de un garrote, mataría a un toro. Pareciera que el perro intuyese esto, porque se dejaba mirar y manosear, sin gruñir siquiera.

Al fin, el hombre se incorporó:

- Bueno. ¿Y cuánto querés por él?

-Y, no sé...diga usted... - balbuceó Poncho - ¿Y qué te puedo dar? ¿Querés dos pesos?

El niño sintió como si se fuese a desmayar. ¿Dos pesos? ¡Y él que pensaba pedir cien, y poner condiciones todavía!

- ¿Dos... dos pesos... dos, dice? - preguntó.

- Sí, dos. ¿Qué más?

- ¡Mire que es bravísimo!

- ¡Puf! - hizo el hombre - ¿A ésto le llamás bravo?

Y le pegó una cachetada en la jeta del perro que, en vez de saltarle encima, como siempre hubiera hecho, se acoquinó, vencido sin pelear, sugestionado por el extraño poder que de aquel hombre fluía.

El niño, humillado, aún se atrevió a defender su perro:

- ¡Con usted! ¡Pero con otros, viera lo malo que es!

- Bueno, basta de charlas. ¡Te doy cinco pesos! ¿Querés?

- No

- Andate, entonces. ¡Llévate ese cuzco!

Y lo empujó.

Poncho, a punto de llorar, sin saber por qué, quizás por la humillación que su perro sufría, imploró:

- ¡Deme veinte pesos!

- ¡Andate!

- Yo lo vendo porque mi madre necesita para el alquiler, porque si mañana no pagamos, nos echan; si no, no lo vendía...

- ¿Y cuánto pagan de alquiler?

Tan turbado se hallaba Poncho que no se le ocurrió mentir. Respondió:

- Pagamos doce pesos.

- Bien. Tomalos. Dame el perro.

Le alargó la plata y cogió la cadena.

Poncho, el niño, volvió a implorar:

- ¿Me va a dejar que venga a verlo? ¿Que lo visite?

- Sí.

- ¡Bueno, adiós Poncho, adiós Ponchito querido! Mañana vengo a verte. ¡No llores, eh!... ¡No me extrañes!

Y se puso a besarle en la jeta, abrazado a él y sin dejar de hablarle, de recomendarle al perro lo que a él debían haberle recomendado: "¡No llores!

El hombre dio un tirón a la cadena y entró con el perro.

El niño quedó arrodillado, mirándolo. Antes que desapareciera, le gritó:

- ¡Mañana vengo, Poncho, mañana vengo...!
Y no dijo más, lloraba.
Entró en su cuartucho con los ojos enrojecidos, pero alegre. Allí estaba su madre, remendando unas ropas.

- Tomá. Aquí tenés para el alquiler. Contalos. Son doce pesos.
- ¿De dónde los sacaste? - preguntó la madre; pero no necesitó que él se lo dijera: las pupilas llorosas, el gesto desolado del niño, se lo explicaron: - ¿El perro?
Vendiste el perro - ¡Sí, mamita! - gritó el niño, y se abrazó a ella, llorando desesperadamente - ¡Sí, mamita! - y la besaba.
Ella lo intentó apartar.
- ¡Retirate, Poncho! ¡El contagio! ¡Estoy tísica! ¡Te podés contagiar! ¡Retirate!
No consiguió apartarlo. El niño sollozaba, fuertemente apretado a ella. ¡Qué le importaba el contagio! ¿Acaso le importaba morir a él? Ahora que no tenía al perro para poder besar, tenía que besarla a ella. A alguien necesitaba abrazar y besar. Se pagó el alquiler.
A la mañana siguiente, Poncho, no bien salió del colegio, fue a visitar al perro.
- ¿Dónde vas? ¿Por qué no comés? - le preguntó la madre.
- Primero voy a visitar a mi perro - dijo, y salió a la disparada.
Decía "mi" perro como si no lo hubiese vendido. En realidad era de él, sólo de él.
¿Acaso por haber recibido unos papeles a cambio del perro, él había dejado de amarle? Y el perro, ¿podría olvidarlo a él, acaso?
- ¿Qué querés?
- Vengo a visitar al perro.
- ¿Qué perro?
- El que le vendí ayer.
El hombre dudó, hizo una mueca de fastidio, pero accedió:
- Pasá.
Y Poncho, el niño, corrió hacia su perro, encadenado en el fondo de la casa; se abrazó a él, besándolo.
El perro, como no tenía cola que mover, contorsionaba su corpachón, gruñía de gozo, le lamía la cabeza.
El niño lo hablaba. Todo lo que le había ocurrido a él, se lo adjudicaba al perro:
- ¿Lloraste mucho?... ¿A que no pudiste comer pensando en mí?... ¿Después soñaste conmigo?...

Transcurrió un buen rato de efusiones. El hombre intervino:
- Bueno, che, basta ya. Dejá algo para otro día. Podés irte... Estoy perdiendo tiempo.
Poncho lo besó, tres, cuatro, cinco veces, en la jetaza, y comenzó a alejarse. Todavía, antes de trasponer la puerta, se volvió para gritarle - ¡Adiós, Poncho, queridísimo!
Y le tiró un beso.
Al otro día se presentó de nuevo:
- ¿Qué querés?
- Vengo a visitar...
El hombre no lo dejó concluir: le cerró la puerta.
Poncho quedó un instante sin querer pensar. El hombre le daba miedo. Pero el ansia de ver a su amor lo retenía. Golpeó otra vez. Apareció la cabeza brutal del hombre. Lo amenazó:
- Mirá, si volvés por aquí, te voy a sacudir un par de cachetadas que te vas a acordar para siempre... ¡Eh!
El niño temblaba, pero se atrevió a protestar:
- Usted me prometió que me dejaría visitar al perro...
- ¿Yo te prometí? ¡Bueno! ¡Ahora no se me da la gana de que no lo veas más! ¡Y basta!
Se adelantó, amenazante, colérico, congestionado.
El niño huyó. En la esquina se dio vuelta. Allí estaba el hombre todavía, y lo amenazó con el puño. Poncho dobló la esquina, pero sólo anduvo unos pasos y se

sintió caer, aflojarse las piernas. Se tiró en un umbral y comenzó a sollozar infinitamente, con el alma fría de pena. Aquel bárbaro le acababa de arrancar para siempre su insignificante felicidad de niño pobre... Sollozaba. Algunos transeúntes se detuvieron a interrogarle. El no respondía. Lloraba. Una señora le dio unas monedas, otra un peso. ¿Para qué quería plata él, ahora? ¿Aunque le dieran mucha, para qué la quería? Si se la hubiesen dado unos días antes, él no hubiera vendido su perro, pero ahora... Lloraba.

Al fin lo dejaron solo, y el dejó de llorar. Silenciosamente, a pasos cortos, doblado como un viejo, comenzó a andar, contando lo que le habían dado: cerca de dos pesos.

-Se los llevaré a mamá - pensó.

Y de pronto, como una lumbrarada de fuego artificial, multicolor y chisporroteante, una idea le iluminó y le coloreó la vida. Había pensado: le compraré caramelos a Poncho, y se los daré por la empalizada. ¡Oh! Más todavía: el hombre no me deja visitarlo, ¡no importa!, sin que él me vea, al anochecer, lo visitaré por el fondo. Y esa idea mágica lo enderezó, lo volvió a la niñez, le inundó de luz el alma en tinieblas y de calor el corazón triste. ¡Con ansias esperó a que anocheciera!...

III

En cuanto oscureció, fue a verlo. Sigilosamente, como si fuera a cometer un robo, se acercó a la empalizada que hacía el lugar de pared en aquella casa del suburbio. Hundió la mirada en la sombra, escrutando. Por fin distinguió el sitio donde el día anterior viera a su perro. Se acercó:

- ¡Poncho! - llamó, primero muy despacio, más fuerte enseguida - ¡Poncho!
¡Poncho!

El perro lo había oído desde la primera vez, así se lo dijo el ruido de la cadena. El niño se pegó a la empalizada y sintió la respiración fatigosa, característica del can, pegándole en la cara. Comenzó a hablarle:

- Ponchito, has visto cómo no te olvido, eh? Tu patrón de ahora no quiere que te visite, pero yo te visito igual. Acercate, así te doy un beso.

El animal, como si comprendiese, hacía esfuerzos tirando de la cadena para aproximarse, pero era muy corta. Poncho metió la mano y le alcanzó la cabeza. El perro se la lamía.

- Tomá caramelos. Mirá: son de chocolate, como a vos te gustan. Y bizcochos. También te traigo un merengue...

Desde aquella vez, todas las noches, durante una semana, el niño visitó al perro furtivamente, como si cometiera un delito.

A veces fue con otros chicos del barrio, que deseaban verlo. Cada uno le llevaba su regalo: parecía que fueran a visitar a un amigo preso.

- Poncho: aquí están El Chino y Gaitán. ¿Te acordás de ellos? ¿Te acordás de El Chino, aquel que vos mordiste una vez? Pero él no te guarda rencor, te viene a traer una torta. Te acordás de Gaitán, el calabresito lustrabotines? Aquí está también. Acercate, así te tocan la cabeza.

Y los chicos estiraban las manos, que el perro lamía.

- Mañana vengo con Peco y con Mariano. Hasta mañana, Poncho. Mañana te voy a traer empanadas de dulce y un pedazo de fainá. ¡Hasta mañana, Poncho!...

La idea fue de Gaitán, el calabresito lustrabotines. Este niño no sólo amaba al perro; le estaba agradecido también. A él le debía sus mejores ganancias. Gaitán, cargado con su cajón de cepillos, cera y pomada, apareció una mañana en la esquina de la casa de Poncho. Casi no hablaba español. Poncho con su perro paseábase orgulloso por allí. Gaitán lo habló. Elogió al perro estrepitosamente, con todo su fervor meridional. No necesitaba más para que Poncho sintiese hacia él una estrepitosa simpatía. Se la quiso demostrar haciéndose lustrar los botines por él.

Estaban en ésto cuando apareció otro lustrabotas, un muchacho grande, casi un hombre.

- Che, tano - increpó al calabresito - ¿quién te dio permiso para que lustrases en esta esquina?

Y sin aguardar respuesta, le pegó una cachetada. Gaitán, lloroso, intentó explicarse en su media lengua. El grandote, prepotente, lo alzó del cuello del saco, y lo conminó:

- ¡Piantá de aquí! ¡Esta esquina es mía! Yo hace más de un año que lustro aquí. Si no, te saco los chinchulines. ¿Ves? - y le enseñó un cuchillo.

Aterrorizado Gaitán recogía ya sus bártulos, dispuesto a obedecer, cuando intervino Poncho; mejor, intervino Poncho, el perro.

- Bastó que el niño le dijese:

- ¡Chúmbale!

Saltó el can y atrapó al grandote del pantalón; éste intentó defenderse con el arma.

- ¡Chúmbale! - volvió a ordenar el niño, y el perro, a saltar; pero esta vez mordió carne, en la mano donde brillaba el cuchillo, que cayó al suelo. Viéndose desarmado, el muchacho grande huyó, perseguido por el perro, a quien sólo con gran esfuerzo podía contener el niño, tirándole de la cadena.

La tarde siguiente Gaitán volvió a pararse en la esquina; pero a su lado estaban Poncho y su perro. Apareció el grande y no se acercó siquiera. Así adquirió el calabresito su derecho de trabajar tranquilamente. Quedó agradecido al perro.

Todas las tardes gastaba algo de sus propinas y regalaba a su defensor. Ahora, la ausencia del perro amenazaba su privilegio de lustrar en aquella codiciada esquina. Seguramente el muchacho grande se enteraría pronto de la venta del perro; el hecho había sido demasiado trascendental en el barrio para que no cundiese. El perro era allí un personaje popular. Si se enteraba, volvería para vengarse.

Regresando una noche de visitar al perro, a Gaitán se le ocurrió la idea todo salvadora:

- Oí, Poncho - le chapurreo en su jerga - oí lo que vamos a hacer...

Y le expuso su idea magnífica: él, todos los días estaba obligado a entregar dos pesos al padre y tres pesos los domingos; si no, lo dejaban sin comer; pero siempre con las propinas sacaba más. A veces, sacaba dos cincuenta. El los gastaba en tortas o los jugaba a "cara y cruz". En adelante los guardaría. Una vez que tuviesen los doce pesos, volverían a comprarle el perro al hombre...

- ¿Qué te parece?

A Poncho se le ocurrió decir:

¡Oh! - y nada más.

La idea de Gaitán lo había admirado hasta enmudecerlo.

El primer día, Gaitán entregó cuarenta centavos a Poncho, y el segundo veinte, pero a éste se le ocurrió pedirle prestado el cajón y los cepillos a una vecina cuyo hijo lustrabotas había matado un automóvil; Gaitán le facilitó pomadas, trapos, tintas, ceras, y le enseñó a lustrar. Ese día, entre los dos, guardaron setenta centavos. Otros chicos se asociaban, desinteresadamente, por el solo placer de libertar al perro, orgullo del barrio: El Chino, vendedor de diarios, dio; y dio Mariano, hijo del almacenero, para lo cual se puso a servir en el despacho, a fin de recibir propinas.

Dieron "El Pecos", "Firulete", "Perico" y "El Pibe", sacrificando sus golosinas o poniendo a contribución sus padres. El tesoro aumentaba prodigiosamente. Ya tenían ocho pesos.

Todas las noches, al visitarlo, Poncho anunciaba a su can:

- Pronto te voy a sacar, querido. Ya tenemos nueve pesos con veinte centavos.

- Aguantá un poco más, no vayas a enfermarte, Ponchito. Ya tenemos diez pesos con cuarenta.

- Ya llegamos a los once pesos, Poncho. La semana que viene te vuelvo a comprar. Por eso no te traemos más caramelos ni tortas - se disculpaba -. Todo lo guardamos para comprarte otra vez a vos, Ponchito.

Una tarde apareció el muchacho grande, el lustrador corrido por el perro. Poncho y Gaitán, con sus cajones al hombro, aguardaban parroquianos.

El muchacho había sabido la venta del perro. Impune, se fue a ellos con los puños apretados. Los chicos no intentaron defenderse; huyeron, y el grandote quedó amo de la esquina. Pero El Chino, El Pecos, Mariano, Perico, El Pibe y Firulete, los demás socios, supieron lo ocurrido. Se confabularon. ¿Para qué había garrotes y piedras? Así, armados, cayeron sobre el grande, cayeron sin parlamentar, y éste se vio atacado por ocho chicos furiosos, que no sólo defendían el derecho de dos de ellos a lustrar en aquella esquina, peleaban también por una causa común, sagrada: la libertad del perro del barrio.

El grandote no se defendió. Una piedra le sangró la frente. Un palo se le quebró en la cabeza. Huyó, a su vez, perseguido implacablemente por la pandilla vencedora. En su huída, dejó un cepillo; Poncho lo guardó como trofeo de victoria.

- La primera lustrada que hago, la hago con este cepillo - anunció.

Y todos rieron alegres, satisfechos de verse unidos y sintiéndose más unidos aún, después de la aventura.

Se esforzaron para concluir de juntar los doce pesos. Poncho faltó dos días al colegio, a fin de lustrar también por la mañana. Gaitán, una noche, en vez de dar al padre los dos pesos reglamentarios, le dio uno y cincuenta, y se quedó sin comer.

¡No importa!: Mariano, el hijo del almacenero, había robado para él un pan y un trozo de salame. Pero Gaitán no podía hacer más eso. El padre lo había anunciado:

- Si mañana no traes los dos pesos, a más de no comer te vas a llevar una paliza.

El Chino vendía más diarios que nunca. No sólo los voceaba, sino que los ofrecía, rogaba que se los comprasen.

Mariano hizo una suscripción entre los borrachines, parroquianos del almacén.

Juntó quince centavos. Firulete y Perico consiguieron de sus madres cinco centavos cada uno. El Pibe casi pagó caro su celo por demás excesivo. Pretendió robar un reloj en el tranvía. Fue visto. Faltó poco para que lo atrapasen.

Una noche, Poncho anunció a sus camaradas:

- ¡Muchachos! ¡Ya hay más de doce pesos! - y contó, a la vista de todos. Había doce pesos con cuarenta centavos.

Decidieron que con el sobrante se compraría masas, "pero masas de confitería", para llevárselas al perro. Y esa noche fueron todos, sin faltar uno, a visitarlo.

Fue una noche de expansión y felicidad. Poncho, el perro, recibió las más evidentes demostraciones de cariño, los epítetos más rebuscados y melosos: Una chica, la hermana de Firulete, que los acompañaba, se despidió de él tirándole besos, y como no hallara que decirle, porque todo le había sido dicho ya por los demás, le gritó:

- ¡Adiós, hijito mío!

A nadie se le ocurrió reír de esto. Les parecía completamente natural. La emoción los quemaba, los ponía temblorosos y blandos.

Y la emoción nada halla risible.

IV

A la mañana siguiente, todos también, siguiendo a Poncho que llevaba los doce pesos, la mayor parte en monedas, se presentaron a comprar el perro.

Poncho, seguro de sí, dio tres rotundos golpes con el llamador.

- ¿Qué querés?

- Vengo a comprarle mi perro otra vez; aquí traigo los doce pesos - respondió

Poncho, y, sacudiéndose el bolsillo hizo cantar las monedas.

El hombre se adelantó, asombrado:

- ¿Qué decís?

- Que vengo a comprarle mi perro. Aquí traigo la plata - y volvió a hacer cantar las

monedas.

- ¿Y cuánto traés?

- ¡Doce pesos!

- ¿Y vos te crees que te voy a dar el perro por doce pesos?

- Yo se lo di a usted...

- ¡Porque fuiste un otario! - confesó cínico -. Si no traes ochenta, por lo menos...

Poncho palideció. Sus pupilas se nublaron y miró a sus socios buscando protección.

Intervino Gaitán, el calabresito, indignado:

- ¡Ma! ¡E un ladro lei!

- ¿Qué decís vos? ¿Que soy un ladrón? Eh?

Los chicos, en grupo, retrocedieron hasta el cordón de la acera.

El hombre, fruncido el hosco ceño, apretados los puños, amenazaba:

- ¡Te voy a dar llamarme ladrón! ¿Qué querés? ¿Te crees que porque él fue un zonzo vendiéndome ese perro por doce pesos, yo también lo voy a ser? Ya sabés vos: si me traés ochenta pesos, te lo vendo; si no, ¡chau!, despedite del perro, porque ya tengo comprador. Mañana o pasado se lo llevan a Tandil. Me lo compra un estanciero.

Y entró en la casa después de dar un portazo.

Poncho se sintió caer. Sus amigos tuvieron que sostenerlo. No sólo lo amargaba la perversidad del hombre; la noticia de que le llevaban su perro a una estancia lejanísima, donde ya no lo vería más, le heló el alma. El llanto salvador, saltando de su corazón acongojado, le brotó en sollozos convulsivos. Los demás socios estaban mudos, helados también, helados de pavor por haber comprobado la dureza de la fatalidad, contra la que su propósito común se acababa de romper como una linterna de vidrios de colores... Firulete lloró. Luego, El Chino... Los demás, anonadados, se arracimaban mustios alrededor de Poncho, que gemía a gritos:

- ¡Mi perro, mi querido perro!

Y otra vez Gaitán, el calabresito lustrabotines, tuvo una idea:

- ¡No lloren más! ¡Oigan lo que vamos a hacer!

Nadie lloró más. Había tal ímpetu en su voz que todos sintieron enseguida que ya no debían llorar. Seguro Gaitán había encontrado la salvación. Así era. Les explicó lo que se le había ocurrido y todos comenzaron a saltar de júbilo. Muy sencillo: robar el perro. Esa tarde, no bien oscureciese, irían todos. Firulete, que era el más alto, saltaría el cerco de maderas, desataría el perro y se lo alcanzaría por encima del... Y que el bruto hombre lo buscara...

- ¡Buscariola! - dijo El Pibe, y todos rieron.

La esperanza volvió a encender la sangre de los confabulados. Ese día hubieran dado años de sus vidas para que los minutos volaran. La noche no llegaba nunca para ellos.

Imprudentemente, sin aguardar a que oscureciese bien, empujados por el ansia, llegaron al sitio. Temblando, acercáronse. ¿Y si el hombre hubiese retirado el perro? ¡No! Allí estaba. Observaron, escucharon. Nada se oía. De un brinco, Firulete, ágil, decidido, heroico, saltó el cerco de maderas. El rapto se realizó con toda suerte.

Aquello fue más sencillo de lo que suponían. Y ya con el perro del otro lado, en el terreno baldío que lindaba con los fondos, los chicos se asombraron de que aquello tan sencillo no se les hubiese ocurrido antes.

La pandilla rodeó a su ídolo libertado. Todos querían besarlo y abrazarlo. Todos querían hablarle, efusivos, buscando las palabras más cariñosas.

- ¡Bueno muchachos, vamos! - dijo Poncho, al fin - no sea que nos oigan y salga el bruto ese y nos quite el perro...

Comenzaron a andar los chicos andrajosos, pero alegres como los flecos de un trapo rojo que brillara al sol, que bailara a los vientos... Todos hablaban a la vez, reían, acariciaban al perro, que no sabía cuál mano de las que lo acariciaban a la vez, debía lamer, a cuál voz de las que lo hablaban, debía contestar contorsionando su corpachón.

Se detuvo Poncho y dijo:

- Vos, Firulete, llevá el perro a casa. Ustedes síganme. ¡Van a ver lo que hago!

Nadie le preguntó qué iba a hacer. Su voz y su gesto eran los de un iluminado, y lo siguieron. Nervioso, pero audaz, Poncho iba adelante. Los otros lo seguían, dispuestos a todo.

Poncho golpeó cinco veces el llamador. Y hubiese seguido golpeando, pero apareció la cabeza bestial del hombre.

- ¿Otra vez aquí? - preguntó con su voz ronca, lleno de fastidio - vos andás buscando que yo te rompa una costilla.

Se adelantó, amenazante. Pero se detuvo para cubrirse.

- ¡Tome, tome! - le había gritado Poncho, arrojándole dos puñados de monedas y de papeles.

El hombre primero creyó que fuesen piedras lo que le tiraba; se cubrió para protegerse la cara. Y ya iba a correr, pero el ruido de los níqueles lo asombró, y se detuvo.

- ¡Allí tiene sus doce pesos, ladrón! - le gritó Poncho.

- ¡Brigante! - subrayó Gaitán.

Y los siete chicos salieron escapando.

1 + 1 son 3

"El niño es el intérprete del pueblo"
Michelet

Iba yo lentamente por el camino que une Fortín Roca a Las Angustias. El sol patagónico, lo que quiere decir un sol bravo, como es todo lo de esta tierra, se hundía detrás de unos cerrillos pero se reflejaba sobre el camino salitroso. Frío. Soledad. Y viento. Que sin viento no hay Patagonia. El viento llega a ser un camarada entre tanto silencio y, sacudiendo piquillines y molles, hace creer que nuestra soledad, en medio del ancho camino salitroso, no es absoluta. Y no lo era. Oí un chistido. Miré, indagante... Tal vez una lechuza. Volví a andar, pero otro chistido, esta vez acompañado por una voz humana.

- Oiga, don...

Me detuve. De la barranca del canal de riego paralela al camino, surgió una cabeza. Y se irguió una figura humana. Nos separaban diez metros y, en tanto se dirigía hacia mí, la observé: bajo y ancho de hombros, con una boina de la que le brotaban mechones de pelo, caída sobre los ojos; botines gruesos, traje cualquiera, por lo menos tenía tres sacos, uno encima del otro. Seguramente todo ello era regalado, porque le sobraba. En el puño diestro apretaba un alarmante garrote. Disimuladamente, llevé la mano a la culata del revólver imprescindible. Sólo cuando lo tuve a dos metros, reparé por su cara imberbe, que quien se acercaba era un muchacho.

- Buenas tardes, don... - dijo, y su voz aflautada de doncella desdecía notablemente con su catadura, y al decir esto, levantó la boina de los ojos. - Disculpe que lo haya detenido. ¿No podría darme una limosna?

- ¡No! - le respondí, secamente agresivo.

Y quedé mirándole a los ojos, unos ojos azules, grandes pero inexpresivos, que daban a su rostro blanco una perpetua expresión de azoramiento.

El muchacho quedó serio, inmutable. No sonrió, siquiera, para suavizar un poco la situación. Yo esperé a que él hablara. Muy calmoso y grave, con un dejo burlón, dijo:

- Estoy acostumbrado a estas contestaciones poco... poco. (Buscaba el adjetivo y lo halló al fin, acentuando al decirlo el dejo burlón de su tono). A estas contestaciones poco corteses.

No sé por qué yo experimentaba, ante aquel muchacho a quién calculé catorce o quince años, a lo sumo, una extraña, insólita necesidad de mostrarme hostil y duro. Le pregunté:

- ¿Sos mendigo profesional?

No respondió a mi pregunta. Grave y calmoso, narró:

- Anteayer ocurrió un caso lindo en la calle Nahuel Huapí, en Buenos Aires. Puede leerlo en los diarios del 10 de agosto. ¿Usted no lee las noticias de policía? Yo, sí. Yo siempre las leo. Es lo más interesante que tienen los diarios. Allí se aprende a conocer a los hombres. El caso que le iba a contar es éste: Iba por la calle Nahuel Huapí un viejo de ochenta años, rentista, cuando un mendigo le pidió limosna, un mendigo joven aun, en condiciones de trabajar, cuarenta y cinco años. El viejo rentista pensaría lo que piensa siempre un rentista: Por qué no trabaja en vez de pedir limosna. Y respondió al mendigo, seguramente: ¡No!, Como usted me acaba de contestar a mí. El mendigo, entonces, le dio un palo en la cabeza y escapó, ¡El rentista al hospital! ¿Lindo el caso, eh?

Comprendí. Rápidamente di un salto, le arrebaté el garrote y lo boté lejos, al canal. Y quedé mirándolo. El muchacho no se inmutó esta vez tampoco. Se asomó al canal, escrutó, y dijo:

-¡Suerte! Allí está. No ha caído al agua. Después lo voy a recoger. Necesito mucho ese garrote. Para pedir limosna por estos lugares tan solos y donde todo el mundo anda armado, es útil tener un garrote así. No porque yo vaya a darle un palo a quien me niegue limosna. No soy tan estúpido. Pero la gente da con más gusto limosna a quien teme que a quien compadece. Compadecer es una manera de despreciar.

El personaje ya me había interesado. Decidí hablar largamente con él.

- Ni por miedo ni por desprecio - le dije, y le alargué un puñado de monedas.

Las tomó con la misma indiferencia que a mis palabras y actos anteriores. Musitó:

- Gracias. Y que Dios se lo pague, eso si usted todavía sigue creyendo en Dios...

Sonreí.

- ¿Y vos? - le pregunté.

- Yo creo en mí. Es más seguro. Los que creen en Dios confían en los otros hombres. Yo sólo espero algo de mí.

- Sin embargo, yo te acabo...

No me dejó concluir:

- Usted me ha dado esas monedas porque yo soy quien soy. Otro, al recibir su ¡no! Se va. Yo me quedé. Y usted tuvo que darme la limosna que antes me negó.

Subrayó el tuvo con fuerza. Le di la razón:

- Es verdad, muchacho. Vos no sos como los demás muchachos de tu edad. ¿Tenés quince años?

- Trece solamente; pero todos me echan más edad de la que tengo. Porque he vivido mucho, mucho en pocos años.

- Si no tenés apuro, vamos andando. Se huela uno aquí parado al viento. Yo vivo en la chacra que está al doblar este camino. ¿Querés comer y dormir allá esta noche?...

- No. Conozco al dueño, un andaluz que compone versos. Y no me suena. No es malo, el hombre; pero me da consejos y me quiere dar trabajo. Y yo no quiero trabajo, ni necesito consejos. Yo, con mis trece años, sé más de la vida que él con sus cuarenta. ¿Para qué voy a trabajar? Tener esa chacra que casi no es de él y estar obligado a trabajar todos los días como un esclavo. ¿Para qué? El flete del ferrocarril y los acaparadores, le llevan todo. Lo he visto vender manzanas grandes como cabezas de chicos, a dos centavos el kilo. Ahora tiene que sacar las vides para plantar alfalfa, porque el vino se le agria y no tiene a quien vendérselo. ¡Y todavía le aconseja a uno que trabaje! Lo acompañé hasta la tranquera de la chacra y me vuelvo a buscar mi garrote. Ese andaluz trabajador es de los que creen que 1+1 son 2. Yo soy de los que saben hacer la cuenta de su vida así: 1+1 son 3. Mire, don, en la vida hay tres caminos: trabajar, robar o pedir limosna. Trabajen los que creen que 1+1 son 2. Los que saben que 1+1 son 3, roban o piden limosna. ¿Robar? Así, robar vestido de pobre, es peligroso. Prefiero pedir limosna. Cuando pueda hacerlo vestido de ministro con mi gran galera de siete pisos sobre el mate, robaré. Entretanto, pido limosna. Es más seguro, y da más ganancia.

Andando, yo lo observaba de reojo. Él, con las claras pupilas opacas puestas lejos, lejos y alto, en la copa de las hileras de álamos que orillaba el camino, siguió hablando:

- No conocí a mis padres. Viví con mi abuela y mi tía hasta hace unos meses. Tranquilo, iba al colegio; llegué hasta 6o. grado. Ya entraba al colegio nacional cuando murió mi abuela. ¿Quedarme solo con mi tía? ¡No! Mi tía es de las que creen demasiado en Dios. Todo el día están con Dios, y no quieren más que a Dios. Los hombres, ¡que revienten! A los hombres los odia. Yo no rezo, no creo en Dios porque mi tía cree. Me pasa lo que a los indígenas de América con los conquistadores españoles. No querían ir al cielo pensando que allá podían encontrarlos otra vez. Si los que creen en Dios, son todos como mi tía... ¡Qué mala! ¡Canejo! Una noche junté unas cuantas cosas y desaparecí. Dejé una carta diciendo que me iba a Córdoba y me vine para el sur. ¿Cómo? Caminando. Caminar abre el apetito, y es lindo tener hambre sabiendo que uno tiene seguro qué comer.

- Pero vos...

- ¿Yo? - me interrumpió de nuevo - ¿Y como no voy a tener seguro de comer si soy pordiosero? Los que trabajan pueden estar inseguros; los que roban, a veces; pero los que pedimos limosna, siempre comemos.

- ¿Y no te da vergüenza pedir?

- ¿Vergüenza? Me parece que usted también es de los que creen que 1+1 son 2.

- ¿Le tenés fe a tu profesión?

- ¡Ya lo creo! Lea en "La Nación" del domingo 3 de enero de este año, 1037; Un mendigo llamado Hipólito Vitasse. Aquí tengo el recorte. - Y del bolsillo de uno de sus sacos, sacó una libreta hinchada con recortes de diarios - Escuche: "Hipólito Vitasse fue llevado preso por comprobársele que ejercía la mendicidad. Se le encontró una libreta de memorias. Allí se leen cosas tan interesantes como ésta: "Lunes, pasable. 37 francos con 25 céntimos" ¿Eh? ¿Qué obrero hace un jornal así? ¡Y después le aconsejan a uno que trabaje! Oiga: "Martes, bastante bueno: 47 francos con 50 céntimos". ¿Se da cuenta? ¡Y esto en plena crisis, cuando los obreros sin trabajo se mueren de hambre! Escuche todavía: "Miércoles: malo. Demasiados colegas: 21 francos con 70" ¿Qué me dice? ¡Ganar 21 francos con 70 le parecía malo! Hay más todavía: "Jueves: Excelente: 52 francos con 10 céntimos"... ¡Ja, ja! ¡Trabaje! ¡Que trabajen los que creen que 1+1 son 2! Yo sé con mi experiencia de la vida que hay dos aritméticas: la de los zonzos y la de los otros, los que son como yo, y como este Hipólito Vitasse que se daba el lujo de descansar un día por semana. ¿Eh? Las mujeres de obreros, ¿descansan? ¿No tiene que fregar y cocinar todos los días? Pero esto no ocurre en Europa, en la vieja Europa solamente, aquí en América, en la joven América, en la Argentina, en Buenos Aires mismo. ¡Vea!... Y volvió a sacar de su saco exterior otra libreta hinchada con recortes de diarios. - Lea aquí, esta "Crítica" del lunes 25 de enero de 1937. Está el retrato del héroe. ¡Mire qué simpático con su barba blanca, su cara de sabio, sus ojos inteligentes! Se llama Julián Grand. Lo llevaron preso... Esta vez yo lo interrumpí:

- ¿Pero te has fijado en que todos los mendigos van a parar a la cárcel?

- ¿Y qué?... ¡Por un tiempo! Después, salen, y la plata que tienen, la tienen; nadie puede quitársela. ¡Si es propiedad privada! - exclamó sentencioso, con énfasis que creí irónico -. A Julián Grand, a Hipólito Vitasse, a La Chancha rusa, a tantos y tantos mendigos les ocurre lo que a tantos comerciantes que hacen quiebras fraudulentas. ¡A la cárcel! ¡Deshonra! ¿Y después? Toda la vida no van a quedar en la cárcel. Una vez libres se vuelven ricos, y con el capital vuelve la honra... Pero escuche lo que dice este macanudo tipo de Julián Grand: Se pelaba para mostrar una cicatriz en la cabeza, así hacía el cuento de que había estado en la guerra. Sus ganancias oscilaban entre 10 y 15 pesos diarios. ¡Trabaje usted a ver cuándo va a ganar 10 pesos diarios! En cierta oportunidad, en dos días, juntó ¡514 pesos!... ¡Este es un hombre que sabe hacer cuentas! Los periodistas que los reportearon se desmayaban de envidia al oír esto; y los oficiales de policía, también. ¿Y sabe lo que tenía guardado este mendigo? Escuche: En el Banco de la Nación Argentina, 11.422 pesos; en el Banco de Londres y América del Sur, 10.000 pesos; en otra sucursal de este banco, 5.326; en el Banco de Galicia y Buenos Aires, 7 pesos con veinticinco centavos, en el Banco Francés, 10.000 pesos... ¿Eh? ¿Ha ido sumando? Agregue los 514 pesos que le encontraron encima, producto de dos días de trabajo. Total: ¡37.289 pesos con veinticinco centavos! ¿Qué me dice? Y sin sudar mucho, ni aguantar patrones, ni estar sometido a horario. ¡Este sí sabía que 1+1 son 3, y no 2, como suponen los que trabajan, los que esperan en la justicia de Dios y hablan de vergüenza! ¡37.289 pesos con 25 centavos, sólo por exponerse a que, de vez en cuando, un hombre poco... poco cortés, le diga: No! ¿Y las declaraciones de este macanudo tipo? Oiga: "Soy rico, sólo pido limosnas para entretenerme..." Pedir limosna es un deporte muy entretenido. Uno hace gimnasia y ve muchas cosas, descubre muchos temperamentos, recibe desengaños - ¡más reciben los que trabajan!-; pero recibe no pocas satisfacciones cuando en vez de cinco centavos, le dan un peso... ¿Y el que trabaja, qué satisfacciones tiene? Las satisfacciones las da lo imprevisible. El que trabaja sabe que si gana 2 pesos por día,

a los seis días el patrón le dará 12 pesos. Ni un centavo más, aunque haya puesto sus cinco sentidos en el trabajo. El patrón cuenta siempre: 1+1 son 2. Aquí tiene lo que usted ha ganado. El mendigo, en cambio, no sabe cuánto ganará ese día y al fin de semana, si fue hábil, si supo darle movimiento a la sin huesos, y poner los ojos en blanco, hará cuenta: 1+1 son 3... Yo ahora estoy juntando para irme a Buenos Aires. Creo que haré carrera. Mi cara pálida, mis ojos de hambre, mi voz débil y mi imaginación que sabe enredar macanas... En cuanto tenga para el viaje, me voy allá. Aquí - se golpeó los bolsillos - tengo acumulada mucha experiencia ajena; para algo me va a servir.

Según Julián Grand, el negocio de la mendicidad es excelente. Una vez, la "Chancha Rusa", el célebre mendigo millonario, le hizo proposiciones para asociarse. Pero la "Chancha Rusa" era avaro, comía desperdicios y dormía en los umbrales; Julián Grand se trataba mejor; dormía en fonda y a veces se comía un churrasco. No se debe exagerar. Que si uno se enferma, pierde días de trabajo; y si se muere, no tiene tiempo de hacerse una fortuna. Y ha de ser lindo tener mucho dinero y seguir recibiendo de los que creen que 1+1 son 2, una moneda caritativa...

- ¿Cómo te llamas?

- Bonifacio.

- ¿Y el apellido?

- ¿Se cree que por las monedas que me ha dado tiene derecho a exigirme excesivas confianzas? El que hace caridad no tiene ningún derecho sobre el que la recibe...

¿Se cree acaso que yo le estoy agradecido? ¡No! Como si el peón de chacra, uno de estos pobres indios araucanos, tan fuertes como borrachines, que ganan 20 pesos por mes, casa y comida, mala casa y mala comida, le estuviesen agradecidos al chacarero porque les paga. Yo me gané lo que usted me ha dado. ¿Cómo me lo gané? ¡Averigüe usted! Pero a otro usted le hubiera dado diez centavos, a mí me dio, a ver: diez... veinte, ochenta centavos, y se le ha hecho noche oyéndome conversar... ¿Por qué? ¡Porque yo soy quién soy!

Se había hecho noche, sí. La luna, espejando sobre el salitre del camino, inundaba todo de una suave claridad. Lo invité a entrar de nuevo.

- ¡Qué esperanza! No me gusta estar mucho tiempo con la misma gente. Si he estado con usted, ha sido porque usted no da consejos y habla poco. Usted calla y oye. El andaluz dueño de esta chacra, al revés: el quiere hablar. La mujer es directora de un colegio, me trata como a alumno... ¡Claro! como ella es maestra y aprendió que 1+1 son 2. ¡Risa me da la gente que cree poder enseñar porque repite lo que aprendió! Bueno. ¡Basta! Deme otro puñado de monedas y me voy.

- ¿Te crees que yo tengo fábrica de monedas?

- Usted parece hombre de la ciudad. Sus manos no son de chacarero.

- Veo que sos observador.

- ¿Qué hace usted?

- Escribo.

- ¿Periodista?

- A veces. También escribo cuentos. Vos, por ejemplo, sos un tipo con el que se puede hacer un cuento bastante entretenido.

- ¿Y se gana con ese trabajo?

- Menos que de mendigo, seguramente.

- Entonces, no es difícil que yo tenga más capital que usted.

- No es difícil. A ver, ¿cuánto tenés vos? - y saqué mi cartera.

Contamos.

- Yo - dije - tengo 8 pesos.

- ¡Ja, ja! Yo - agregé el muchacho, y fue la primera vez que lo vi sonreír - tengo cincuenta y nueve pesos con ochenta centavos.

- Pero ya te sobra para el viaje.

- Sí, salgo en el tren de mañana para Buenos Aires. Y además, no iba a irme con lo justo. No se sabe lo que puede suceder. La vida tiene imprevistos.

- Y vas de 1a. o de 2a?

- ¡De 2a. pues! Recién he empezado mis negocios, no puedo darme lujos.

- ¿Y por qué no viajás como los linyeras, gratis, escondiéndote en los vagones de carga?

- Porque yo no soy linyera. Yo quiero hacerme un porvenir. Yo no soy un desengañado de la vida. Yo no soy un derrotado...

- ¿Dónde vas a comer y dormir, hoy?

- Allá, en un agujero, tengo mi bolsa con media gallina, pan y manzanas. Más de un trabajador quisiera la comida que yo he conseguido gratis. Dormir, se duerme muy abrigado en el agujero, entre los yuyos. El viento esta noche viene del oeste, y mi agujero da al norte. ¿No me da un peso antes de irme?

- ¿Y te vas así, sin darme la mano siquiera? ¿No te he sido simpático, ya que te escuché sin darte consejos?

- ¡Bah! Ni simpático ni antipático. La gente pasa al lado mío; si me da, bien; si no me da, mal; pero pasa. Todos pasan, y ¡adiós!

- Yo voy a estar quince días más aquí, y me vuelvo también a Buenos Aires. ¿Por qué no me vas a ver? ¿Querés mi dirección y mi nombre?

- Si usted quiere dármelos...

Saqué papel y lápiz, anoté. Guardó el papel sin leerlo, con indiferencia absoluta. Le estire la diestra:

- Bueno muchacho, hasta la vista.

Dejó caer en mi mano la suya, floja. Apretándola intenté mi simpatía humana. Se dejó sacudir la mano, sin responder, como apresurado para desprenderse de mi efusión. Ya me iba a dar la espalda cuando saqué mi cartera. Se reavivó.

- Te voy a dar un peso - le dijo - aunque me tenés que contar algo más de tu vida.

- ¿Qué?

- Las veces que has robado.

- Yo nunca he sido ladrón.

- No te creo. Antes de ser mendigo tendrás que haber trabajado, pero entre el trabajar y el mendigar, está el robar. Siempre se es ladrón antes de ser mendigo.

- ¿Siempre? Usted también aprendió una cartilla y la repite: 1+1 son 2. Yo nunca trabajé, porque mi abuela y mi tía son descendientes de militares y tenían pensión. No necesité trabajar. Yo iba al colegio. ¿Robar?...

Como se detuvo, dudando si confidenciarse, le alargué el peso. Lo atrapé, y dijo:

- Le contaré. Nunca he robado. Sólo una vez casi robo. ¿Sabe qué? ¿Usted creerá que pan, porque estaba muerto de hambre? ¡No! Ese es el cuento de los del 1+1 son 2. Mi cuento es más interesante: Yo quise robar un billete de lotería. Pensé: Si me saco 100.000 pesos... Hubiera tenido para comprarlo, pero sacar la lotería así, no vale; es 1+1 son 2. Ganarla con un billete robado, sí hubiera sido 1+1 son 3. ¿No le parece? Espié una agencia boliche. Me di cuenta del teje y maneje. Una tarde, ya anochecido, aprovechando uno de los momentos en que la dueña se iba a oír radio a la otra pieza, entré. Ya estaba detrás del mostrador, ya iba a dar el manotón a la vidriera, cuando entró un hombre al negocio. ¡Lo imprevisible! Resultó ser el hijo de la dueña que regresaba de Europa. ¿Qué me dice usted? Este hombre se venía de Europa nada menos que para echarme a perder el asunto. ¿Eh? Usted, o cualquiera de los que creen que 1+1 son 2, diría que Dios lo mandaba. Yo creo que eso no era casual. El que lee las noticias de policía como yo, sabe que la vida está llena de rarezas, de absurdos, de imprevisos... ¡Qué se yo! Hay cien hombres atropellados por automóviles, ómnibus y tranvías. Se salvan noventa. Hay uno que resbala en una cáscara y se rompe la base del cráneo en el cordón de la vereda. Muere. ¿Qué me dice usted de esto?

- Que sigas tu cuento interrumpido. Serías un mal cuentista. Perdés el hilo de la acción para hacer divagaciones seudofilosóficas. Continúa tu cuento.

- Entró el hombre y no se sorprendió de verme allí. Salió la mujer, otras mujeres y hombres, abrazos y besos. Yo hubiese querido desaparecer, pero no pude. Al fin se dieron cuenta de que yo estaba allí. Me preguntaron quien era, qué deseaba. Puse los ojos más inocentes que pude, achiqué lo más posible la voz y como tengo ojos de pobre diablo y voz de infeliz, me creyeron: Yo iba a pedir algo de comer, tres

días sin probar bocado... Poco faltó para que me indigestaran con todo lo que me dieron. La alegría de la vuelta del hijo los hacía más generosos. Me obligaron a que me quedase allí a dormir. No dije que no, pero en un descuido, escapé. Y escapé pensando: Si siendo un falso mendigo me tratan así, prefiero ser un mendigo verdadero. Desde entonces, nunca más me entraron ganas de robar. Yo he conocido a algunos de los bandoleros que andan por la Patagonia, ¡Qué vida! Le aseguro que me dan lástima. Para vivir como ellos viven, inquietos, asustados... ¡Casi es preferible trabajar! Y ahora sí me voy. Tengo bastante sueño. Se alejó sin saludar, sin darme la mano.

Desde unos diez metros, volviéndose a mí que había quedado contemplándole, pensativo, me gritó:

- Ya ve, Don, $1+1$ son 3. ¡Chau!

Y me dio la espalda.

Los recuerdos de un paquete de bombones

*"Es preciso que los niños sean razonables,
pero jamás razonadores".
Joubert*

El año se inició con desgracias. Primero, un maestro joven que parecía alegre, sólo estuvo quince días. Después, el viejo Cristóbal Ferrier, a los dos meses de clase enfermó gravemente. Hoy supieron la noticia los muchachos: El maestro, por este año, ya no volvería.

No se entristecieron, como cuando se fue el otro, el maestro joven y alegre. Ferrier, un viejo flacucho, cetrino, abusaba de las penitencias, de los gritos, de las amenazas. También los aburría con su voz de asmático, repetía y tornaba a repetir las cosas, siempre las mismas cosas, y se las obligaba a repetir a ellos, uno por uno, a los quince muchachos:

- La provincia de Buenos Aires tiene por límites: Al norte, la República del Uruguay, separada por el Río de la Plata...

Esto quince veces. Un tormento.

La idea se le ocurrió a Justino Zarategui, el más estudioso de la clase, el de mejor conducta.

- ¿Vamos a visitarlo?

Hicieron una comisión: Zarategui; Gervasio Lafico, mal estudiante, juguetero; Saúl Cañas, un chico de pelo casi blanco, pecoso, frío y Joaquín Landi.

La madre de éste, al saber que iban en comisión a visitar al maestro convaleciente, compró un paquete de bombones para que lo obsequiaran.

Se reunieron en el colegio. La mujer del director les dio las instrucciones:

- Aunque lo encuentren muy flaco no se lo vayan a decir. Por el contrario, díganle que lo hallan muy bien, que está muy repuesto. Anímenlo. Y díganle que lo extrañan mucho. Zarategui, usted que es el más serio, háblele. Porque si lo dejan hablar a Lafico, embarra todo.

Salieron. No bien doblaron la esquina, Saúl preguntó a Joaquín:

- ¿De qué son los bombones?

- Surtidos.

- ¡Qué paquete grande!

- ¿A ver cuánto pesa? - dijo Gervasio, y lo tomó -, ¡qué pesado!

- Medio kilo.

Siguieron andando, silenciosamente, raramente silenciosos. No necesitaban decirse nada. Habían sentido el pensamiento de Saúl, y los inquietaba.

Por fin, éste, deteniéndose, dijo:

- Muchachos: cuatro bombones menos en medio kilo no se nota. ¿Qué les parece si nos comemos uno cada uno?

- ¡Ya está! ¡Bien! - aprobó Gervasio, y palmoteó.

Joaquín miró a Justino. Lo vio impasible y le preguntó:

- ¿Y vos, qué decís?

- ¿Yo? ¡Nada! Los bombones son tuyos... hacé lo que quieras.

Era una insinuación. El niño modelo de la clase aprobaba la idea de Saúl.

Joaquín intentó defenderse:

- Sí, pero mamá me los compró para el maestro...

- No se notará nada. Yo te voy a desatar el paquete - dijo Saúl. Joaquín se lo dejó sacar de la mano blanda. Saúl lo desató con habilidad.

- ¡A mí dame ese con la nuez arriba! - eligió Gervasio.

- ¿Y vos, cuál querés? - preguntó Saúl a Justino.
- Ese.
- ¿Y vos?
Joaquín, casi disgustado, respondió:
- ¡Cualquiera!
- A mí me gustan los de turrón.
Y mientras todos masticaban, Saúl, cuidadosamente, volvió a atar la cinta y a hacerle el moño. Dijo, entregando el paquete a Joaquín:
- Mirá, no se nota nada.
- ¡Qué ricos! - exclamó Gervasio.
- Todavía - habló Saúl calmadamente - podríamos comernos otro cada uno y no se notaría...
- ¡Bueno! - gritó Gervasio.
Joaquín siguió andando, sin responder. Saúl habló a Justino:
- Eh, Zarategui, ¿qué te parece?
- Los bombones son de él - respondió éste, eludiendo la responsabilidad -, si fueran míos...
Gervasio lo interrumpió:
- ¡Si fueran míos no le llevábamos nada al maestro! ¡Los comíamos nosotros! ¡Qué ricos son!
Saúl rió. Joaquín, callado, iba adelante, como si no oyera.
- ¿Y?... - preguntó Saúl.
- ¿Qué? - respondió Joaquín, desentendido.
- ¿Qué opinás? ¿Nos comemos otro cada uno?
- Se va a notar.
- Ya verás como no se da cuenta. ¿Verdad, Zarategui, que no se va a dar cuenta?
- Si sabés atarlo bien...
- Ya verás. - Y Saúl tomó el paquete de la mano de Joaquín, que volvió a abandonárselo. Lo desató. Repartió un bombón para cada uno. (Esta vez sin elegirlos). Lo metió a la boca... y se disponía a atar, cuando Gervasio gritó, enfurecido:
- ¡Vos agarraste dos! ¡Yo te he visto! ¡Abrí la boca! ¡A ver! ¡Mostrá!
Saúl masticaba apresuradamente.
- ¡Entonces dame otro a mí también! - exigió el acusador.
Saúl se lo dio. Y dio otro a Justino y a Joaquín. Aquel lo metió en la boca. Este protestó:
Se va a conocer.
- ¡No! ya verás como lo ato que no se conoce. Sentado en un umbral, lentamente, comenzó a hacer el moño. Pero el paquete había disminuido.
Cuando se lo devolvió a Joaquín, éste protestó:
- ¡Uh! ¡Se conoce que hemos sacado! Verdad, Zarategui?
- Sí.
- ¿Verdad, Lafico?
- Sí.
- ¿No ves que se nota?
- ¡También, nos hemos comido doce bombones! Tres cada uno. Somos cuatro. Tres por cuatro, doce.
Y sonrió malignamente.
Joaquín se encolerizó. Le hubiera pegado.
- ¡Cochino! - lo insultó.
- ¿Por qué cochino? ¿Y no comiste vos también?
El argumento era irrefutable.
Joaquín metió el paquete en el bolsillo del saco y siguió andando, muy serio. Ninguno hablaba. Sólo Gervasio, de vez en vez, atolondradamente, quería reír, buscaba pretexto para charlar. No le respondían.
Saúl se dirigió a Joaquín:
- ¿Por qué te has puesto de ese modo? ¿Crees que hicimos mal en comernos los

bombones?

- Sí.

- ¡No hicimos mal!

Lo afirmó tan seguro que Joaquín, deteniéndose, le interrogó:

- ¿Por qué?

- Porque a ese maestro yo le llevaría veneno, no bombones.

- ¡Ya lo creo! - afirmó Gervasio.

- ¡Si todos estamos alegres porque no va más a la escuela!

- ¡Yo, sí! - apoyó Gervasio.

- ¿Y vos? - preguntó Saúl a Justino.

Este hizo un gesto indeciso.

- ¿Y vos? - preguntó a Joaquín.

- Yo también me alegro de que no vaya más a clase; pero mamá me había dado esos bombones para él y nosotros los hemos comido.

- Todos, no. Te quedan bastantes.

- Pero no le puedo llevar el paquete así, por la mitad.

- Entonces comámoslos nosotros.

Joaquín siguió andando.

- ¿Te acordás - insistió Saúl - esa vez que te tuvo en penitencia hasta las siete de la noche?

- Sí.

- ¿Y aquella vez que te hizo copiar diez veces el verbo "tener" en forma negativa?

Yo no tengo, tu no tienes, el no tiene, nosotros...

No siguió recitando. Joaquín había sacado el paquete y roto la cinta. Le estiraba un bombón.

Comieron. Tornaron a repartir y a comer. Repitieron la operación otra vez, y otra. Ya sólo quedaban tres bombones.

- ¿Qué hacemos? Ya no quedan más que tres. Uno se tiene que quedar sin bombón.

- Tiremos a la suerte - dijo Saúl, y sacó un cobre - ¿Cara o ceca? - preguntó

Joaquín.

Este protestó:

- ¡No! ¡Yo no entro! Los bombones son míos. Echen ustedes a la suerte.

Y, para probarlo, se metió a la boca el que le correspondía.

Saúl se volvió a Zarategui:

- ¿Cara o ceca?

- Cara.

Revolearon el cobre.

- ¡Ceca! - gritó jubiloso Saúl. Y metió la mano en el paquete -. Ahora tiren ustedes a la suerte el último bombón.

- ¿Cara o ceca? - preguntó Gervasio.

- Ceca.

Revolearon el cobre, lo siguieron con la vista, expectantes, y se precipitaron sobre él, a mirar.

- ¡Cara! - gritó Gervasio, bullicioso, y corrió hacia el paquete - ¡De turrón! De los que a mí me gustan.

Y lo mordió goloso.

Justino lo miraba con ojos de carnero al que van a degollar.

- Comete el cartucho.

Pero Gervasio lo invitó, generoso:

- Tomá, mordé una punta de mi bombón.

El cartucho, arrugado, quedó en el suelo. Joaquín, antes de emprender la marcha, lo miró con tristeza.

- ¡Qué lástima, no hay más! ¿Eh? - dijo Saúl, queriendo interpretar su mirada.

Joaquín no le respondió. No era eso lo que él estaba pensando.

Siguieron. Los otros alegres, bulliciosos; Joaquín callado.

Saúl lo burló:

- ¿Qué tenés, che? Vos sos como el cocodrilo, después que se come los huevos,

llora. Vos después que te has comido los bombones...

- ¡Si no te callás te pego dos trompadas! ¿Eh?

Amenazante, trémulo de ira, con los puños cerrados, Joaquín se plantó frente a él. Saúl lo esquivó.

- Bueno, no te pongas así. No es para tanto...

Y emprendieron la marcha otra vez; pero mustios, incómodos por la presencia de Joaquín.

Al llegar a la puerta del maestro, éste dijo:

- ¡Yo no entro! ¡Entren ustedes! Yo los espero allí, en la esquina.

Y se dio vuelta. Los otros lo miraron un instante. No le dijeron nada, y entraron.

Al cuarto de hora, salieron.

- ¡Vieras, pobre Ferrier! - comentó Gervasio - ¡Da una lástima! ¡Parece un cadáver!

Y Saúl:

- Ya casi no se le oye la voz.

- Nos besó a los tres llorando... - agregó Justino.

- ¡Vamos! - ordenó Joaquín, y comenzó a andar. Los otros lo seguían y comentaban.

Saúl:

- ¡Y vieras el nietito que tiene! Gervasio: te aseguro, cuando lo vi sentí que nos hubiéramos comidos todos los bombones...

Justino comentó:

- Si hubieran sido míos...

Joaquín se detuvo a mirarlo, furioso. El otro se intimidó.

- ¿Si hubieran sido tuyos, qué? - preguntó Joaquín.

Y le dejó caer la mano, pesadamente, en medio de la cara. El otro se tambaleó, dio un grito, después comenzó a llorar.

Gervasio quedó consolándolo:

- Vení. Entremos en aquel almacén. Te voy a echar agua en la cara.

Joaquín, apresuradamente, siguió andando. Caminó solo, sin darse vuelta, una o dos cuerdas. De pronto, oyó correr detrás de él. Y la voz de Saúl, chillona, maligna:

- ¡Pobre el nietito del maestro! ¡No probó los bombones!

Lo provocaba.

Joaquín dio vuelta, dispuesto a pelear; pero el otro se había armado de un palo y, levantándolo lo aguardó, también agresivo.

Joaquín, viéndolo armado, no se animó a atacar. Le gritó:

- ¡No me hables más! ¡No me junto más con vos! Y echó a correr...

El monitor corrupto

*El pequeño ser humano se encuentra,
al momento de entrar en la vida, en
oposición con lo que le rodea.
Otto Rühle*

Quinto grado. El profesor, que es un hombre muy enfermo, falta. Se le sustituye con un muchacho del curso superior, un pupilo. Es casi un hombre. Muchachote moreno, redondo, flácido. Padece de fiebre palúdica. Se llama Crisóstomo Luna. Tiene las pupilas adormiladas y la sonrisa estúpida y cruel. Goza amenazando a los chicos de los que, por un día, se siente tirano. Y se hace pagar por no imponerles penitencias.

- Vos has tenido cinco faltas en el dictado - dice a uno, pesadamente, como si le costase hablar y lo hiciera a empujones -. Por cada falta te pongo diez líneas de penitencia. ¿Qué me das para que no te ponga las cincuenta líneas?

- ¿Un cuaderno?

- Sí.

Y con absoluta impudicia, inconsciente de su acción, recibe el cuaderno que el chiquillo amenazado le ofrece.

- ¿Y vos, qué me das para que te saque la penitencia del jueves?

- ¿Y por qué me has puesto penitencia el jueves? - protesta el chico.

- ¡Ah! ¿Protestás? Si protestás va a ser peor... ¿No me das nada?

- Otro cuaderno.

- No. Dame un libro.

El chico acepta. La visión de tener que venir a garabatear renglones el jueves por la tarde, día de asueto, espanta al más curtido a penitencias.

Ninguno se salva de esta especie de diezmo. Unos protestando, y otros sin protestar. Unos: libros, cuadernos y lapiceras. Otros, dinero: diez o veinte centavos. Otros aun: sonrisas y adulaciones. Pero el tirano era astuto. No se dejaba comprar con éstas solamente. Recibía las adulaciones como una yapa, sin que satisficieran su codicia. La buena suerte lo había colocado en aquel puesto fugaz, y lo usufructuaba. La adulación y la sonrisa le eran casi indiferentes. Con él, se gastaban en vano. ¡Las conocía, Crisóstomo Luna! Las había usado mucho para no conocerlas. A ellas debía la confianza del director y esta suplencia que le brindaba cuadernos, lápices, lapiceras, libros, centavos. Y sonrisas y rencor, adulaciones e insultos (dichos en voz baja). Él lo recogía todo, apático. Y se iba satisfecho de su jornal.

Los niños, barro de pueblo, soportaban su tirano de un día, pacientes, como una carga más de las muchas que una pedagogía absurda les obligaba a soportar.

Pero la falta del profesor, en vez de constituir una alegría en su triste existencia de escolares, pincelada de domingo sobre la monótona lápida gris de la semana, constituía un motivo de temor.

Algunos le recomendaban al salir:

- No falte mañana, señor.

- No, no faltaré - aseguraba, alegre, el pobre hombre, creyendo que la recomendación surgía del cariño que inspiraba a sus alumnos, o de la excelencia de su método.

Cierta vez, un chico propuso poner diez centavos cada uno, eran quince chicos, y dárselos al monitor, para que éste no penitenciara a nadie. Se le ofreció la propuesta. Reflexionó el muchachote y sonrió. Aceptaba. Entre los niños hubo

trueques, deudas, operaciones de compra y venta... Al fin, el autor de la idea puso en la mano de Crisóstomo Luna, un peso y cincuenta centavos: el precio de su tiranía.

Pero el monitor no cumplió su palabra. Los chicos, creyéndose seguros, conversaban y escribían mal. El comenzó a darles penitencias. Y al fin del día, hubo que redimirlos a cambio de cuadernos, lápices o centavos. Con él no valían ruegos: era implacable. Ni amenazas: era inmutable.

Julián, creyendo haber descubierto el recurso infalible de resistencia al tirano omnipotente y corrupto, propuso a los compañeros: No darle nada. Creyendo descubrir algo, Julián acababa de descubrir - ¡Otra vez! - la huelga. ¡Cuántas veces la habrán descubierto los oprimidos!

Se resolvió no dar nada al monitor. Ese día, éste comenzó a acumular penitencias, asombrado de que quien la recibía no intentase, inmediatamente, rescatarla.

Pero fracasó la huelga. Como todas las huelgas que fracasan: por debilidad de los huelguistas. Ineptitud para el sacrificio.

Rompió el propósito uno, amedrentado por la amenaza de doscientos renglones. Lo siguió otro, condenado a un día sin recreo... Y todos los demás, por último, se entregaron.

Todos, excepto Julián.

Estoicamente, ejecutó éste los cien renglones a que lo había condenado el verdugo de todos, con el pretexto de que se manchaba con tinta los dedos. Una hora y cinco minutos, después de la clase, quedó escribiendo, con su mejor letra caligráfica: "No debo mancharme los dedos al escribir". Y los presentó al monitor.

- Podés irte - le dijo éste -¿Has visto?

-¿Qué? - preguntó el niño, hosco.

- Si hubieras pagado, te hubiera convenido más. Y reía con su estúpida risa cruel.

Julián iba a responderle con el insulto en que ya reventaba su odio; pero calló. No fue por miedo que no lo dijo. Calló, porque además de odio hacia él, experimentaba, vivo, un doloroso sentimiento hacia sí, por la injusticia. Temió sollozar también. Decir su insulto con la voz temblorosa. Sentía el sollozo infantil aleteándole en la garganta, dispuesto a volar en pos del insulto varonil que le quemaba la boca. ¡La tragedia de su espíritu ya hombre, encerrado en un débil cuerpo de niño! Sentía que el sollozo no nacía de él, de su voluntad, sino fuera de él, de su cuerpo de niño, de sus frágiles once años.

No abrió la boca, y salió corriendo a la calle, ahogado. Allí, siempre corriendo, se libró de su sollozo a solas.

Y el monitor siguió oprimiéndolos. Dos veces más, por causas fútiles, Julián quedó penitenciado. Pero ya no quedó solo. La primera vez fueron cuatro los que se negaron a comprar su libertad. La segunda vez, siete. El ejemplo, eficaz como siempre, demostraba el teorema tantas veces demostrado ya: El poder del mártir. La tiranía no era inatacable.

Pero uno de los oprimidos, y también el más grande, más impaciente, propuso la violencia. El plan era éste: No bien entrara el monitor, él cerraría la puerta y todos, armados de sus reglas, lo atacarían. Como antes aprobaran la huelga, ahora aprobaron la revolución: por unanimidad. La resistencia de Julián y los que le seguían, había aumentado las injusticias del monitor. El exceso del monitor debilita al mismo poder. Hace posible la violencia.

Los conjurados no sentían respeto ninguno por el monitor. Cuando un poder sólo llega a sostenerse por su fuerza física, está condenado a caer, porque nunca es más fuerte que sus oprimidos. A los chicos, el monitor, sólo les imponía por su estatura y sus puños de hombre. Pero ellos eran quince...Decidieron la lucha. Ahora ansiaban que faltase el profesor. Y llegó el día.

No bien Crisóstomo Luna dejó caer en la silla su pesado cuerpo, esgrimiendo la

regla saltó el chico más grande de la clase y, constituyéndose en jefe y alma del ataque, cerró la puerta estrepitosamente y le echó pasador. Volvió a sus compañeros, gritando:

- ¡Ahora! ¡Vamos!

No esperó ser apoyado. Resueltamente, cargó sobre el otro y le tiró un reglazo. Se defendió el agredido y de un tirón lo desarmó. El chico lo atacó a puñetazos y patadas. El otro respondió brutalmente, empleando su fuerza de hombre. De un empujón lo tiró al suelo. Y ya iba a patearlo, cuando una piedra, golpeándole en la cara, lo contrajo. El chico tuvo tiempo de levantarse. Pidió apoyo a los demás:

- ¿Y qué hacen ustedes? ¿Me dejan solo?

Los demás no se atrevían. En el momento bravo, sus almas de niños, conscientes de la debilidad de sus cuerpos, dudaban. Sólo Julián y otro se habían acercado al muchachote, aunque prudentemente. Los demás se movían en sus bancos, o de pie sobre ellos, con las reglas en alto; pero indecisos, nerviosos, pálidos de emoción.

El más grande, valiente y decidido, volvió a atacar:

- ¡Vamos, métanle!

Y se le fue encima. El otro no hizo más que estirar su puño y recibirlo con él en plena cara. Aturdido y acobardado, el chico dio un paso atrás. Y volvió a pedir apoyo, pero ahora con voz ya quebrada por el llanto:

-¿Qué hacen? ¿Tienen miedo? ¡Vamos! Todos juntos, ¡Vamos!...

Se movieron. Y no atacaron. El monitor parecía un jabalí acosado por una jauría, una jauría de cachorros asustados.

Y quizás hubiese quedado todo allí, pero el monitor tuvo un gesto que lo perdió, que reveló que él también tenía miedo. Quiso huir. Corrió hacia la puerta. Ya iba a quitar el pasador, cuando Julián, saltando sobre su mano, le hundió entera su blanca, filosa dentadura de muchacho. El monitor dio un ¡ay!, que puso en evidencia su debilidad y su cobardía. Gimiendo, intentaba en vano desprenderse de aquel chico que mordía con tesón, poniendo toda su vida en aquel mordisco implacable. Con la mano libre, comenzó a golpearlo en la cabeza. Julián mordía siempre...

El muchacho más grande, el jefe de la rebelión, que tenía instinto para la pelea, comprendió que el tirano estaba vencido. Y lo atacó. Siguiéronle otros. Los reglazos caían sobre la cabeza del monitor. Tres chicos tiraban de sus piernas. Al fin consiguieron hacerle perder el equilibrio. Cayó. Sobre él se echaron todos. Ahora no faltaba ninguno. ¡Todos sobre él! Tan afanados estaban, que muchos se pegaban entre ellos. Unos le aferraban los pies; otros las manos. Uno se habían obstinado en arrancarle los pelos. Los demás, con reglas o a puño limpio, descargaban golpes al caído, que, ya casi inerte, sólo atinaba a gritar.

Nadie vio al director y a los otros maestros y alumnos, que, atraídos por el tumulto, empujaban la puerta. Fue preciso romper el vidrio para correr el pasador y entrar.

Costó trabajo sacar al golpeado de aquella pelota movediza, erizada de puños y de pies: especie de monstruo informe al que el odio daba vida.

El director lo sacó de allí: ensangrentado, tembloroso, con las ropas hechas jirones, un ojo negro, una oreja desgarrada... Hubo que ayudarlo a caminar, conducirlo, gimiente y lloroso, a su cama de pupilo, donde pasó tres días. La mano mordida se le infectó: la tuvo dos semanas colgando del cuello, vendada, sin poder usarla.

El director quiso castigar a toda la clase y expulsar al promotor. Los niños se defendieron ardientemente. La culpa del golpeado era excesiva, y aminoró la de ellos. Tuvieron penitencia un jueves por la tarde, nada más. Lo soportaron con alegría. No sólo se habían librado para siempre del tirano. Ante el colegio, la clase quedó como heroica. ¿Qué sabían los otros de sus dudas y sus miedos? ¿Qué saben los que juzgan un acto heroico por los resultados, de los miedos o de las posibles dudas del héroe?

Los quince héroes, además, se constituyeron en cronistas. Quince narraciones pavorosas volaban de boca en oído. De ella resultaba que Crisóstomo Luna estaba construido de hierro y piedra por la previsora naturaleza. Tanto había golpeado cada uno de los quince héroes que si él hubiese sido amasado con blanda carne y

frágil hueso, no hubiera quedado nada.

Para dicha de todos, por lo común, los héroes no sobreviven a su hazaña. No la cuentan. O mejor: no saben escribir, porque si la escribiesen, la historia no sería lo que es: Un aburrido embuste con sayal de ciencia. Sería un divertido embuste con magnífico plumaje de fantasía.

Los amigos

...La expresión de "edad feliz" con que designamos a la infancia es, con frecuencia, una cruel ironía.
Baudouin

Desde el primer día de clase, un cuarto grado Carlos Balza y Juan Martí se sentaron juntos, en el mismo pupitre. Y se hicieron amigos.

Entre sus libros, Carlos Balza tenía "Veinte años después", y Juan Martí, "La novia del hereje". Esto les dio motivo para conversar y salir al recreo, íntimos. Por dos semanas lo fueron. No se apartaban un momento; jugaban a la pelota, salían juntos y como Martí vivía más cerca, Carlos lo acompañaba. En clase se ayudaban mutuamente.

Esa amistad molestaba a algunos. Los hubieran querido ver enojados, aunque fuera por unos días.

- ¿Por qué le enseñás los problemas a Balza? - decía uno a Martí -. El no te enseña a vos geografía.

- La geografía no se puede enseñar como la aritmética. La geografía hay que aprenderla solo.

- ¿Por qué jugás siempre a la pelota con Martí? - decía otro a Balza -. Vos jugás mejor que él. A veces perdés por tenerlo de compañero.

- ¡No importa! - respondía Balza.

Pero al fin consiguieron enemistarlos. Durante un recreo, alguien le colgó una cola a Balza. Comenzaron a gritarle, a burlarlo. El se arrancó el papel y quedó molesto. Era un muchacho impulsivo. Bastó que otro al oído, casi misteriosamente, le soplara:

- Fue Martí.

Corrió a él, gritó:

- ¿Por qué me pusiste esa cola? ¿Crees que te vas a reír de mí? ¡Ni vos, ni nadie! ¡Soy capaz de romperte el alma a vos, como a cualquiera!

Poco le hubiera costado a Martí demostrarle que no había sido él. Pero el tono amenazador, la actitud, delante de todos, lo lastimaron. Se creyó humillado si no gritaba también, y gritó más fuerte, y amenazó más violento. Intervino el celador para separarlos, porque ya se pegaban...

Y no se hablaron por dos días.

Un compañero:

- ¿Por qué no se hablan? ¡Háblense! ¿Saben lo que deben hacer? Ahora, en la cancha, agárrense a trompadas. Después se hacen amigos otra vez como antes.

¿Quieren?

Balza hizo un movimiento vago de cabeza. Martí dijo:

- ¡No!

- ¡Tiene miedo! - gritó otro.

- ¡No tengo miedo! - protestó Martí.

- ¡Si no tenés miedo, pelealo!

- Cuando quiera...

Y ya no costó mucho para que se desafiaran.

Pero lo supo el celador, y, cuando seguidos de un numeroso grupo se dirigían a la cancha, éste los atajó. Ellos, entonces, se empeñaron en trompearse. Dos maestros corrieron para ayudar al celador. Gritos. Esfuerzos. Amenazas. Por fin, apareció el director:

- ¡Ah!, ¿quieren pelearse? ¡Ahora se van a pelear tranquilos!

Metió a los dos en un cuarto. Cerró la puerta con llave y los dejó solos. Muchos se

acercaron a tratar de oír el tumulto de la pelea. Silencio.

Balza, sentado sobre un cajón, y Martí, sobre una pila de libros viejos, descansaban.

No se les ocurría pelearse. Por el contrario, una palabra buena que hubiese dicho uno, hubiera bastado para reconciliarlos. Pero ninguno la dijo. Los dos, soberbios, callaban.

Otros dos días sin hablarse. Al salir, uno por una vereda y otro por la otra, hacían el mismo camino.

En una ocasión, Martí llegó muy temprano al colegio. En la cancha solo estaba Balza, sentado en un rincón, al sol, esperando a alguno que tuviese pelota para jugar. Estaban solos. No se les ocurría que podían pelearse, Martí, por un momento, pensó invitarlo a jugar. Y lo miró; el otro estaba tan ajeno a él que, sacando la pelota, se puso a jugar solo.

Pero los demás se habían empeñado en verlos trompearse. Parecía que iba a ser una extraordinaria fiesta ver pelear a los que fueran inseparables amigos. Uno hacía chistes, el otro alusiones, el de más allá llevaba y traía chismes. Mentiras, porque ni Balza ni Martí hablaban uno del otro. Y consiguieron que se desafiaron. El sábado sería el duelo. Uno de los chicos señaló un terreno baldío. Todo lo hicieron los demás. Martí y Balza, por no aparecer como cobardes, aceptaron el desafío. Y se resolvieron a pelear.

Ambos lamentaban tener que pelearse; pero ¿cómo aparecer cobardes frente a los demás?...

El destino dispuso que Balza y Martí no peleasen, que continuasen siendo amigos. Fue así:

El viernes a la tarde los dos salieron de la escuela, como siempre, para el mismo lado. Uno por una vereda y el otro por la otra. Sin mirarse. Sin reparar siquiera uno en el otro. Como dos desconocidos.

Pero Martí oyó de pronto la voz de Balza que lo llamaba:

-¡Martí, Martí! ¡Pronto!

Dio media vuelta y vio: un muchacho más grande, un carnicero, había atrapado a Balza. Este pretendía soltarse, pero el otro lo dominaba con facilidad. Balza gritó otra vez, angustiado:

-¡Martí, vení!

Y ya tuvo a Martí, que ni por un momento dudó, resuelto, dando puñetazos en las espaldas y la cabeza del enemigo. Balza cobró energías con su ayuda y entre los dos lo corrieron.

El triunfo los alegró extraordinariamente y siguieron juntos, charlando, como si entre ellos no hubiera ocurrido nunca nada, olvidados de su desafío para la tarde siguiente.

Al despedirse, frente a la puerta de Martí, Balza recordó el desafío:

-Yo no quiero pelearme con vos, Martí. Me peleo para que los otros no crean que te tengo miedo.

-¡Y yo igual! Yo tampoco quiero pelear con vos. ¡Y yo no fui el que te colgó la cola; dijeron que era yo para hacernos pelear!

-¡Ya lo sé! Pero yo estaba tan furioso que no sabía qué hacer.

- Y aquella vez que vos estabas solo en la cancha, te miré para invitarte a jugar a la pelota, pero como vos ni me mirabas...

- Y yo pensaba: si me invita, nos hacemos amigos otra vez. Porque yo quería volver a hacerme amigo tuyo.

- ¡Y yo también! Los demás tienen la culpa Ellos nos hicieron enojar. Ellos querían que nos peleáramos.

-¡No se van a dar el gusto! Oí lo que vamos a hacer...

Y los dos, brillantes las pupilas, quedaron hablando, tramando, cómplices, felices.

A la mañana siguiente no se hablaron...Algunos chicos iban y venían de uno al otro,

Llevando y trayendo mentiras. Esta vez sí que eran verdaderos:

- Decile a Balza que del primer trompazo le voy a sacar la chicha.

Un chasque salía corriendo:

- Dice Martí que...

- Decile que digo yo que lleve una camilla, porque lo voy a mandar al hospital.

El chasque volvía a correr:

- Dice Balza que...

A las doce, toda la clase, agregados algunos chicos de tercer grado, seguían a los rivales en dos grupos.

Llegaron al terreno baldío, dejaron los útiles en el suelo, se arremangaron las camisas. Todo parsimoniosamente. Un círculo de caras ansiosas los observaba.

Silencio emocionado.

- ¿Ahora? - preguntó Martí.

- ¡Ahora! - respondió Balza.

Y ambos, vueltos hacia los curiosos, comenzaron a repartir golpes. El círculo se rompió. Sorprendidos, algunos huyeron. Otros comenzaron a devolver los golpes. Y pronto, Martí y Balza, cada cual acosado por seis o siete muchachos, peleaban desesperadamente.

- ¡El botón! - gritó alguno de los que había huido hasta la entrada.

Se vio el casco de un vigilante.

Desbandada.

Martí tenía un ojo negro, un arañazo en la boca, el cuello de la camisa roto. Balza sangraba de la nariz, una manga de su camisa destrozada, un diente se le movía; pero los dos amigos iban alegres. Animadamente, comentando los detalles de la lucha.

- Yo, a Rodríguez, el que me dijo que vos me habías puesto la cola, lo atrapé de una mano y se la mordí hasta que me llené la boca de sangre.

- Y yo la primer trompada se la di a Silverri, el que hoy llevaba y traía lo que nos decíamos.

Rieron a carcajadas.

El pastelero

*"Nunca fui candoroso, nunca fui niño,
nunca viví la aurora de los pañales."
Almafuerte*

Algunos - la mayoría de los hombres - cargan con sus malas acciones que ellos solos saben. Las llevan dentro de sí como si levasen un puñado de piedras.

A la inversa de la mayoría de los hombres, que llevan dentro de sí una molesta carga de íntimas y por nadie sabidas malas acciones, Leandro Curva lleva dentro de sí un caudal de acciones buenas por nadie sabidas tampoco.

A veces se da a pensar en las acciones buenas por él ejecutadas y de él sólo sabidas. El recuerdo lo enciende, le da fuerzas, para continuar aumentando ese caudal. Y tiene días de buen humor y optimismo, en que su afean por acrecentar su caudal de acciones buenas, alcanza el grado de manía. Una manía menos perjudicial que la manía de coleccionar casas para renta, por ejemplo.

Como inocente, esta manía de acumular en sí, bien dentro de sí, en lo más hondo de sí, acciones buenas y no hacerlo saber por nadie, es la más inocente de las manías.

- ¿Por qué llorás, chico?

- Tengo hambre...

- ¿Hambre? ¡Pues, comete uno de esos pasteles!

- ¡No!

- Pero...

- ¡No!

Leandro Curva reflexionó un momento. Entre las irregularidades de su ser, estaba la de intentar comprender por sí mismo las cosas. No preguntar. Cada cosa, cada hombre, cada espectáculo es un problema. Hallarle la ecuación. Despejar la incógnita. ¿Qué mayor placer?

Reflexionó un momento. El chico continuaba llorando. ¿La ecuación de este problema? Leandro Curva veía, sentía, borroneada, garabateada de reflexiones, su inteligencia. ¿Y la equis? El chico continuaba llorando.

Era imperioso que no llorase más. Se decidió a interrogarlo:

- Pero, ¿por qué no te comés uno de esos pasteles?

- ¡No puedo!

- ¿Por qué no podés?

- Son de mi papá.

- ¡Ah! ¿Y estarán contados?

- Sí.

- Bien. Veo que la historia se repite: Evidentemente, la humanidad avanza muy despacio. Hoy, en el siglo XX, se da la batalla del Marne, ayer se daba la de Salamina. La historia se repite... La historia del niño martirizado...

El chico había vuelto a llorar; y su llanto hizo comprender a Leandro Curva que sus reflexiones ocupaban un sitio más a propósito para la acción.

- Vamos a ver, chico. Te compro media docena de pasteles. ¿Cuánto es?

- A diez centavos cada pastel, son sesenta centavos, señor.

- Muy bien. Aquí están los sesenta centavos. Y Leandro Curva miró a su alrededor; nadie lo veía. Se hallaban en una de las calles cercanas al puerto. Bajó la voz:

- Muy bien. Ahora, yo te regalo los seis pasteles. Comételes.

El chico apartó seis pasteles y mordió uno. Tragó...

Leandro Curva lo contemplaba comer.

Cada bocado que el chico tragaba, caíale a él - ¿dónde? - como un bocado de gozo. El chico terminó los seis pasteles, apartó otros seis, y mordió uno.

- ¡Eh! Ya te has comido los seis; si comés otros seis, tu papá...

- No señor - lo interrumpió el niño -; no, señor, no me hará nada.

Mordió y, con la boca llena, explicose:

- Los pasteles valen cinco centavos cada uno; usted me dio sesenta, puedo comerme doce en vez de seis.

- Pero vos me dijiste que...

- Yo le dije que valían diez centavos cada uno, porque cuando encuentro un señor generoso que me compra pasteles y me los regala, no se fija si valen diez o cinco... Volvió a morder.

Leandro Curva quedó pensando, con tristeza. Lo interrogó:

- ¿Y comés así todos los días?

- Sí, señor. Mi papá no me da de almorzar, porque siempre encuentro un señor generoso que, al conocer mi historia, me compra pasteles... Ah, pero yo a mi papá no le digo lo que hago, porque si no me descontaría el precio de los que he cobrado de más...

- ¡Pero engañás a los que te compran pasteles!

- ¿Y qué voy a hacer? Si no, me quedaría con hambre.

- ¿Y cómo hacés para que te pregunten tu historia?

- Cuando veo llegar a un señor, lloro.

- ¿Y podés llorar cuando se te antoja?

- Sí, estoy acostumbrado.

- A ver, llorá.

- Si me compra otros seis pasteles, lloro.

- Sí.

- ¿A cuánto me los compra, a cinco o a diez centavos?

- A diez. Llorá.

Y comenzó a llorar.

Leandro Curva se alejó punzado de pena, meditando: ¿Dolor, miseria, cinismo? Pero, ¿cuándo el dolor se casa con la miseria en un alma joven, puede engendrar otra cosa que cinismo? Se dio vuelta. El chico había dejado de simular llanto; y comía. Alegremente devoraba sus pasteles.

Leandro Curva se sintió turbio de repugnancia y ácido de desprecio. No quiso guardar esta anécdota en su interior recóndito. Temió corroer su puñado de buenas acciones anónimas. Y me las narró:

- Se la cuento para que usted, garabateador de papeles, la haga pública. Es preciso que se sepa hasta dónde pueden, la miseria y el dolor, degradar a un ser humano. Cuéntela, amigo, cuéntela...

Yo le prometí hacer un breve cuento humorístico. ¿Cómo hacer un cuento serio, un borrón de vida, con elementos tales: Dolor, miseria, cinismo, tristeza, desprecio, un niño que llora en falso, un hombre que tiene la manía de hacer bien a su prójimo y no pregonarlo? Me tacharían de romántico. Y yo amaso verdad, no ilusiones; barro de las calles, no nubes del cielo. Y en un cuentecillo humorístico pueden caber tales elementos sin que el lector, indignado contra quien lo apedreara con tanta cosa sucia, fea y mal oliente, ruja:

- ¡Mentira, falso! ¡Eso no es verdad! ¡No puede haber tanta miseria! ¡No pueden existir una criatura tan cínica ni un hombre tan perfecto que haga el bien y no lo grite a todos los vientos!...

La bolsa de San Luis Gonzaga

*El lugar donde el pasado se defiende más largo
tiempo es justamente aquel donde se dice que se
prepara el porvenir: el colegio.
Lavisse*

Desaliñado, casi sucio, muy alto, cara larga y macilenta, los anteojos de gruesos cristales, de miope, siempre cayéndosele sobre la nariz, el cabello escaso, seco, descolorido; el señor Tristán, maestro de cuarto grado, presentaba un aspecto deficiente y opaco. Al principio, los chicos se propusieron burlarlo: Inauguró su segunda hora de clase con una bola de papel mascado que se le aplastó en el pecho.

El señor Tristán no intentó imponerse. Suplicó, con voz lenta, quebrada por la fatiga, tropezando en las erres:

- Queridos jóvenes: ¿Por qué hacen esto con su profesor? ¿No temen el castigo Divino? No es a mí a quien deben temer. ¡Es a Dios! ¡Dios!...

Pero aquí gritó con tal ímpetu la palabra Dios, que la chiquillada se estremeció.

El maestro seguía:

- Dios, ahora allá en el cielo, está mirando. ¡Él me vengará! ¡Él lo ve todo! ¡Cuidado, eh! ¡No digo más! ¡Pero cuidado!...

Un silencio absoluto reinaba en la clase. La sorpresa y el terror se habían apoderado de todos. Sorpresa de aquel maestro que no amenazaba con penitencias, sino con Dios, omnipotente y terrible, a quién habían aprendido a respetar y a querer en sus hogares católicos. ¡Dios, el vencedor de Satán! ¡Dios!...

¿Y Dios vengaría a aquel raro maestro? El recurso surtió un efecto fulmineo.

Desde ese instante ninguno pensó en burlarlo.

Se limitaron a ponerle un apodo: "El Monaguillo". Este respondía mejor que su apellido al pobre aspecto, a la triste cara, a los ademanes cortos y al místico lenguaje del maestro. Si contaba una anécdota, era de algún santo. Si hablaba de un amigo, éste había sido sacerdote. Si leía algún libro, era religioso. Incitó a que los chicos comulgaran. Les habló de las torturas del infierno y los deleites del paraíso. Hizo de los treinta alumnos, treinta pájaros enjaulados entre los barrotes dorados de sus palabras, brillantes de cuentos milagrosos y duras de amenazas místicas.

"El Monaguillo" era obedecido y respetado. Se le rodeó de santidad. Nunca impuso una penitencia, no lo hubiera necesitado tampoco.

Una mañana, al comenzar la clase, el maestro, con tono solemne, habló a sus alumnos:

- Hijos: Ya saben ustedes que yo soy devoto de San Luis Gonzaga. He puesto a todos ustedes bajo su protección. A él ruego por ustedes. Él me ayuda a hacerlos buenos y temerosos de Dios. Ustedes serán felices porque él, San Luis Gonzaga, los protege...

Los treinta alumnos, quietos, escuchaban inmóviles, predispuestos a emocionarse.

El maestro parecía un clérigo predicando. Su modesto escritorio se había transformado en su empinado púlpito:

- Hijos, hijos amados, hijos buenos, hijos temerosos de Dios; ¿No es justo que ustedes también hagan algún sacrificio por su santo protector?

Esperaba la respuesta. Nadie habló. Los muchachos se hallaban como entontecidos.

Insistió:

- Respondan. ¿Es justo? ¿Están dispuestos a hacer un sacrificio por San Luis

Gonzaga, el santo que vela constantemente por vuestras jóvenes vidas? ¿Eh?

Uno, más suelto, dijo:

- ¡Sí, señor!

Y la clase entera, atropellándose en catarata generosa, se fue detrás. La afirmación, unánime:

- ¡Sí, señor!

El maestro cayó sobre su asiento y quedó allí un buen rato con la cabeza entre los puños. Parecía como que llorara. Los niños, emocionados, lo observaban sin atreverse a pestañear. Al fin, sacó él su pañuelo y se lo pasó por los ojos. Habló:

- ¡Lloro de alegría, queridos niños de mi alma! ¡Son ustedes unos santos! ¡El protector de todos nosotros, allá en el cielo, ha de tener hoy el más dichoso de sus días! ¡Muchas gracias! ¡En nombre de él, muchas gracias!

Y volvió a quedar petrificado, con la cabeza entre los puños, ante el silencio de los niños.

Habló otra vez:

El sacrificio que les voy a pedir no es mucho: son diez centavos semanales. ¿Diez miserables centavos, quién no los tiene? Diez miserables centavos, ¿quién de ustedes no los gasta todas las semanas en caramelos o galletitas? Con sólo diez centavos semanales vamos a hacer a nuestro santo protector la ofrenda que llamaremos "el desprecio del dinero". ¡Qué alegría para él!

¡Ver que treinta de sus más jóvenes devotos, treinta almas puras y blancas, treinta queridos niños, le demuestran su desprecio al inmundo, maldito, satánico dinero!

... ¡San Luis Gonzaga - imprecó, cara y manos arriba, ahora dirigiéndose al santo -: recibe esta ofrenda pura, ya que el impuro dinero se purifica al pasar por las manos purísimas de tus niños amantísimos!

El maestro quedó un instante en éxtasis y, volviendo a la tierra, expuso a los niños su proyecto: Todos los lunes cada uno traería diez centavos. Eran treinta almas, se recogerían tres pesos. El cambiaría las monedas en billetes, metería a éstos en una bolsa y ésta se colgaría debajo de la estampa del santo. Allí quedaría toda la semana, y el sábado, antes de irse a sus casas, quemarían todo, bolsa de papel y dinero.

Terminó:

- Que ese dinero maldito, transformado en humo, suba al cielo. Él será la ofrenda que ustedes, semanalmente, harán al santo que los liberará de todos los males de la tierra. En ese humo irá el más sublime de los desprecios: ¡El desprecio al dinero! Los niños aceptaron, naturalmente.

El lunes, los treinta niños llegaron cada cual con sus diez centavos. El maestro sacó tres pesos en papel, guardó las monedas y colocó los billetes dentro de una bolsa que colgó debajo de la estampa de San Luis Gonzaga.

Allí quedó los seis días. El sábado, antes de salir, el maestro cerro la puerta, misteriosamente, descolgó la bolsa, la puso en el suelo, la pateó y después le echó un poco de alcohol... Sacó un fósforo:

Los chicos se descogotaban por mirar, como si allí se quemara el cuerpo aborrecible del mismo demonio.

- ¡Recen un padre nuestro! - gritó el hombre.

Automáticamente, dominados, los treinta chicos empezaron a recitar: - Padre nuestro que estás en los cielos. Santificado sea tu nombre...

El maestro acercó el fuego a la bolsa de papel y una alegre llama roja comenzó a bailar ante los ojos atónitos de las criaturas, que rezaban, acompañados por la voz del hombre, ahora caído de rodillas:

- ¡Padre nuestro que estás en los cielos!...

Algunos niños también se habían arrodillado.

De bolsa y dinero sólo quedaba un leve montoncito de ceniza. El maestro la recogió y, alzándola a modo de ofrenda, la alargó a la estampa del santo:

- San Luis Gonzaga - rogó -, recibe esta ofrenda de ceniza. ¡Aquí te presentan su desprecio al dinero, treinta almas puras, inmaculadas, santísimas almas de niño!

Y tiró la ceniza al canasto de papeles.

Dos sábados más se repitió la escena.

El cuarto, Martín, antes de que el maestro descolgara la bolsa, se puso de pie y, haciendo sonar los dedos, indicó su deseo de decir algo:

- ¿Qué desea?

- Yo había pensado - comenzó el chico tímidamente, yo había pensado - y se animó de súbito, como si su noble propósito, apoderándose de él, lo inspirara -. yo había pensado que sería mejor, en vez de quemar ese dinero, dárselo a un pobre.

Conozco una mujer que vive en la cuadra de mi casa, Es una vieja paralítica, el hijo es un borracho, que a veces falta a la casa varios días, y la viejita no tiene qué comer. Los vecinos la ayudan. Si nosotros le lleváramos todos los sábados esos tres pesos...

No continuó. El maestro, que al principio se turbara, recuperando su aspecto habitual, lo había interrumpido. Pero no hablaba al niño, hablaba a la estampa del santo:

- ¡Perdona, San Luis Gonzaga, perdona a este pequeño hereje! ¡No es él quien habla! ¡No! ¡Es la lengua del ateísmo la que habla por su lengua! ¡Es el demonio que se ha posesionado de él, quién piensa por su cerebro! ¡Perdónalo! - Y se dirigió a Martín, ahora tembloroso -: ¿No tiene miedo de que se le seque esa lengua de víbora? ¿No tiene miedo de que el santo, ofendido contra usted, pida al Supremo Todopoderoso un castigo ejemplar, y que usted ahora, al llegar a su casa, la encuentre en ruinas, devorada por el incendio, o que encuentre a su madre...? ¡Oh, no Dios mío, no me atrevo a decirlo tampoco! ¡Perdónalo, San Luis misericordioso!

- Y volvió a la carga sobre el niño -: ¿Ha pensado usted en lo que ha dicho? ¡No! ¿Ha pensado en su blasfemia? ¡Preferir un ser humano, aunque éste sea una pobre vieja paralítica, preferirlo a un santo! ¡Contésteme! ¿Ha pensado en lo horroroso, en lo inconcebible, en lo monstruoso de su herejía? ¡Contésteme!

El niño no pudo contestar: lloraba con hondos y angustiantes sollozos.

- ¡Se arrepiente el hereje! - himnó el maestro, dirigiéndose al santo -. ¡Este es tu perdón, San Luis divino! ¡Gracias! - y ahora, al chico, quebrado por el dolor, ahogado en sus sollozos -: ¡Está perdonado! ¡Levante esa cabeza arrepentida! ¡Mire al santo con sus ojos culpables, pero inocentes!

Se aproximó al chico, levantó su abatidísima cabeza, le dio un sonoro beso paternal en la afiebrada frente. Y gritó:

- ¡En nombre de San Luis Gonzaga, estás perdonado!

El chico volvió a llorar, pero ahora sin angustia, dulcemente, emocionado. También lloraban otros niños.

Ese sábado se quemó la bolsa de dinero con todos los niños puestos de rodillas.

Se cumplieron cinco sábados más. El acto de fe había perdido algo de su solemnidad. Como con todos los ritos, a fuerza de repetirlo, se había hecho costumbre.

Una semana un chico, en vez de dar los diez centavos, se los gastó en un barrilete. El maestro los puso por él. Otra semana fueron tres los que claudicaron, aunque dando excusas. El maestro recurría a sus gestos, a sus gritos, a sus amenazas; pero éstas también iban perdiendo su primitiva eficacia. También se habían hecho habituales. No faltaba niño que al ver al "Monaguillo" con los puños frenéticos en alto, la cara violeta, la voz cavernosa augurando catástrofes, se reía para sí. La cólera divina es una piedra que afila la fe, le da brillo; pero a fuerza de abusar de ella, la gasta. Los chicos ya no temían como antes; pero continuaban trayendo sus diez centavos todos los lunes.

Un sábado en el recreo anterior a la última hora en que debería cumplirse en acostumbrado acto de fe, un chico dijo a otro, cuidadosamente:

- Tengo una idea.

- ¿Cuál?

- Ir de una disparada hasta la clase, sacar los tres pesos de la bolsa... ¡y guardarnos los tres pesos para nosotros!

- Tengo miedo.

- ¿De que nos vean? ¡No nos verán!

- Tengo miedo del santo...

- ¡Si es una figura en un papel!...

- Pero el verdadero está en el cielo...- ¡A mí me parece que son todas macanas del "Monaguillo"! ¡Tres pesos! ¡Uno y medio para cada uno! ¿Has tenido alguna vez un peso cincuenta?

- ¡Nunca!

- Entonces, vení...

Y lo tomó del brazo.

- Sí, pero... - decía el otro, dejándose llevar - Digámosle a éste...

Cerca de ellos pasaba el niño que propusiera dar los tres pesos a la vieja paralítica. El temeroso necesitaba más cómplices. Le parecía así que, compartiéndolo, su delito no sería tan enorme.

- Si le decimos - respondió el de la idea -, le vamos a tener que dar un peso a él.

- No importa. Queda uno para cada uno.

- Vení, che. Oí una cosa: ¿Qué te parece? Se nos ha ocurrido irle a sacar los tres pesos de la bolsa y poner papeles de diario. ¿Eh?

- ¿Y le damos los tres pesos a la viejita? - preguntó el otro -. ¡Bueno, sí! - terminó entusiasta.

-¡No! - Son tres pesos, uno para cada uno.

- Si vos querés dale el tuyo a la viejita...

-¡Bueno! - aceptó el filántropo -. ¡Vamos! - y por el camino pensaba: le daré cincuenta centavos a la viejita y me guardaré cincuenta para mí.

Llegaron corriendo. Uno se paró en la puerta, para vigilar. Otro arrimó una silla. El tercero se subió. Abrió la bolsa y metió la mano.

-¡Oh! - hizo, y casi cae de la silla.

En la mano tenía papeles de diario.

Hilacha

*Los niños no deben ir a la cárcel.
Concepción Arenal*

- ¿Usted es el director?

- Sí.

- Yo vengo para que me dé un trabajo. Soy Hilacha. Tengo trece años. ¿Usted se llama Aníbal Cruz?

- Sí.

- Usted es el que busco, entonces. Aquí traigo una recomendación de su amigo Álvaro Yunque. Léala.

El hombre tomó el papel que le alargaba el muchacho. Leyó:

"Amigo Cruz: El portador de ésta es Hilacha. Un muchacho macanudo, a pesar de todo... Este a pesar de todo que le subrayo es su vida - que él le contará -, una vida delincuente y desgraciada, no por culpa de él, que es bueno y ansía ser feliz. Hilacha quiere ser actor. Tiene condiciones. En sus manos podrá convertirse en un Caravaglia. Tómelo. Y lléveselo de aquí, lejos, lejos de sus amistades, lejos de la madre, sobretodo, que es quien lo ha corrompido. En Buenos Aires terminará por hacerse un célebre ladrón. Así acaban los niños pobres inteligentes si se los abandona a su destino, o sea, el destino que les marca la sociedad. Lléveselo usted con su compañía. Sé que va a viajar por América y España. Si me saca una excusa para no tomarlo, no lo saludo más a usted. Y supongo que no querrá perder un amigo. La mano.

Yunque

Aníbal Cruz sonrió al terminar de leer, y miró al muchacho detenidamente: era un chico alto, flaco, de ojos azules. Los ojos le convencieron. En ellos había bondad e inteligencia. El muchacho sonrió.

- Tenés sonrisa de sinvergüenza - sentenció el hombre.

- Soy sinvergüenza - afirmó el muchacho -. Pero mi amigo Álvaro Yunque dice que la culpa no la tengo yo.

- ¿Y quién la tiene?

- Dice que todos menos yo.

- ¿Hace mucho que lo conocés?

- Desde anoche. Le quise robar la cartera en la plataforma de un tranvía. Me pescó cuando se la sacaba...

- ¿Y por eso se hicieron amigos?

- Sí, en lugar de hacerme llevar preso, me llevó a una lechería. Conversamos. Es decir, yo le conté mi vida y nos hicimos amigos. Me ofreció emplearme. Por eso estoy aquí. ¿Qué me contesta?

- Te empleo, sí.

- ¿Voy a ser actor?

- Sí.

-¡Oh, qué lindo, qué lindo, qué lindo! ¿Y voy a viajar por muchos países?

- Sí.

-¡Esto sí que es ganarse la lotería!

- Vamos a tomar un café. ¿Y por qué sos ladrón?

- ¡Canejo! ¿Sabe que es difícil contestar? ¿Por qué usted es director de compañía?

¿Por qué usted nació en España, de padres honrados, y yo en Buenos Aires, de chorros? ¿Será por eso?

- En España también hay ladrones.

- No me lleve a España, entonces, en cuanto me ven se me acercan. Los ladrones me conocen por el olor. Una vez fui a Tandil... El mismo día que llegué yo ya era amigo de tres ladrones. ¿En todas partes hay ladrones?

- Sí.

- ¿Por qué?

- Porque en todas partes hay injusticias. Mientras haya gentes que posean lo que les sobra, habrá ladrones. ¿No te lo ha dicho tu amigo Álvaro Yunque?

- Sí, me dijo algo parecido. Me dijo muchas cosas raras. Algunas las entendí, otras, no. Pero sí entendí bien que yo soy bueno, y que si soy ladrón, no es por culpa mía.

- ¿Te gusta que así sea?

- ¡Ya lo creo! Antes, cuando me creía malo, cuando me creía ladrón por mi culpa, me tenía... no sé qué me tenía... No encuentro la palabra.

-¿Desprecio?

- No sé.

- ¿Repugnancia?

- ¡Sí, eso! Ahora, no. Ahora me parece que me hubiera bañado, cambiado de traje y echado agua colonia.

- Todo eso lo vamos a hacer.

- Me parece que ahora yo no soy yo. ¿Y qué nombre me va a poner en los programas, porque yo voy a figurar en los programas, verdad?

- Sí, ya lo creo. Elegí vos el nombre.

- Póngame Álvaro... Álvaro... ¿Estaría mal si me pusiese Álvaro Cruz?

- No está mal; pero ¿por qué no usás tu apellido?

-¡No!

- ¿Por qué?

- ¡Porque no! Ni mi apellido ni Hilacha quiero llamarme. ¿No le dije que yo no era yo ahora?

- Muy bien, joven Álvaro Cruz, pero contame algo de cuando vos no eras vos. Háblame de Hilacha.

- ¿Quiere que empiece por mi madre?

- Me parece natural. Antes de hablar del fruto, hablar del árbol. ¿Era ladrona tu madre?

- Mechera.

- ¿Mechera? ¿Qué es eso?

- Robaba en las tiendas. Entraba en una tienda con una amiga. Le hacían sacar géneros o lotes al tendero; mi madre se metía algo en una bolsa que llevaba siempre bajo la pollera. Entonces se acordaba que tenía que ir a ver a uno o a otro, y dejaba a la amiga esperándola. La amiga charlaba y charlaba con el tendero y al fin se iba sin comprarle. Cuando yo tuve seis años empezó a llevarme a mí, en lugar de una amiga. Después que cargaba la bolsa, me dejaba a mí esperando. El tendero acababa por olvidarse que yo estaba allí, y me iba. Al principio me iba sin nada, después, para no perder el tiempo, mientras hacía como que la esperaba, en un descuido del tendero, yo también me llevaba algo. Así me hice "descuidista". Mamá me comía a besos cuando yo llegaba con algo. Y me decía: "Salís a tu padre, Hilacha". También me daba lecciones. Cuando yo tenía diez años ya era un buen descuidista. Y como tengo cara de bueno, mi cara me ayudaba. Mamá me decía: "Tu cara de zonzo te va a ser útil en tu carrera. Cuando estés por pescar algo, poné los ojos más buenos que podás". Yo así lo hacía y no desconfiaban de mí. Entraba a un almacén, y pedía diez centavos de aceitunas. Mientras el almacenero me las servía, entraba otro amigo y levantaba algo, cualquier cosa. Nunca el hombre maliciaba que yo podría estar en combinación con el otro. Y por diez centavos tenía un salame, un queso, una lata de dulce o un bacalao. Elegíamos siempre boliches, esos almacenes sin dependiente, atendidos por el almacenero y su mujer, nada más. También nos fijábamos si el almacenero era gordo. Si era gordo, mejor. No podía corrernos. Una vez un almacenero desconfió de mí y me hizo llevar preso por cómplice. El comisario me soltó enseguida y cafeteó al vigilante que me llevó:

¿Cómo cree que este chico pueda ser ladrón? ¿No le ve la cara? Los chicos ladrones no tienen esa cara". Y como yo lo miraba triste, así, ve, con ojos de cordero, sacó unas monedas, me las dio y todavía me hizo una caricia. ¡Cómo se rió mamá cuando yo le conté esto! Decía: "¡Quién tuviese tu cara, Hilacha, quién tuviese tu cara de zonzo! Si yo tuviese tus ojos, me haría rica."

- ¿Y tu madre no se parece a vos?

- No, mamá tiene cara de sinvergüenza, y ojos de mala, negros y brillantes; yo los tengo azules y dormidos. Yo sólo saqué de ella la sonrisa. Por eso, cuando usted decía que mis ojos eran buenos e inteligentes, me sonreí. Para que usted viese que también era sinvergüenza.

- ¿Y por qué hiciste eso?

- Para no engañarlo.

- ¿Y por qué no me querés engañar a mí, vos que vivís del engaño?

- Porque yo soy pisólogo.

- Psicólogo, querrás decir.

- Sí, yo no tengo instrucción. Sólo fui hasta primer grado. Mamá me sacó del colegio para que la ayudase en su trabajo. ¡Lloré más ese día!

- ¿Te gustaba ir al colegio?

- Me gustaba aprender. Además, no me gustaba ayudar a mi madre. ¿Quiere que le diga una cosa que sólo se la he dicho a mi amigo Yunque? Yo no la quiero a mi madre.

- ¿Por qué? ¿Ha sido mala con vos?

- No. Nunca me ha pegado. Ni cuando estaba borracha. Ella me quiere mucho. Me compraba masas, me daba dinero para el cine y los cigarrillos, pero yo no la quiero a ella.

- Seguí contando, Hilacha.

- No me llame Hilacha. Ya no soy Hilacha.

- Tenés razón. Hablá.

- Después ascendí, como decía mamá. Me hice "balconista". Usted no debe saber como trabajan los muchachos "balconistas". Le voy a explicar: El balconista labura en los pueblos donde hay chalets de ricos. Como nosotros vivíamos por el puente Saavedra, yo estaba cerca de Vicente López, de Olivos, de San Isidro, que están llenos de quintas. Se trabaja al anochecer. Generalmente, en las casas grandes, a esa hora, en la sala, no hay nadie. Entonces se tira una piedra a un vidrio que se rompe. Si oyen, alguien sale a la calle. No ven nada, porque uno se ha trepado a un árbol. Si no oyen, se mete la mano por el vidrio roto, y se pasa adentro. Allí siempre hay cosas buenas para cambiarlas por plata. "Los Marcados", dos hermanos que tienen agencia de lotería y son redoblneros y quinieleros, compran lo que uno les lleva. Y como le pasan una mensualidad al comisario, no hay peligro. Trabajé cerca de un año de "balconista". Para robar más es bueno llevar un amigo que haga de campana mientras uno está adentro. Pero yo prefería andar solo.

- ¿Para ganar más?

- No. Para que otro no supiese que yo robaba. Yo he sido ladrón, pero sin querer serlo. Pensando en dejar de ser ladrón. Además, siempre me ha ido mal de ladrón. Eso quiere decir que no debo ser ladrón.

- ¿Has estado preso alguna vez?

- Bastantes. Por suerte, he caído en la Provincia de Buenos Aires. Allí, "Los Marcados", con sus cuñas, me sacaban... Una mañana acompañé a mi mamá a una tienda. Ese día la pescaron. Negó, pero inútilmente. Había un pesquisa que la vio meter unas batas de seda en su bolsa. Mamá se hizo la desmayada. Yo escapé. Y como tenía miedo de ir a casa, quedé en la calle. Un diariero me consiguió diarios para que vendiera; pero el jefe de revendedores me quiso robar, y le partí la cabeza con un vaso. Fui preso. Como esto ocurrió en la capital, los "Marcados" no pudieron sacarme. En el calabozo conocí a Vallejo, un muchacho de dieciséis años, y ya ladrón famoso. Nos llevaron a un reformatorio de menores. Allí nos pegaban tanto y nos hacían pasar hambre, que nos escapamos. Vallejo quería que lo acompañase. Lo abandoné. Quería que robara con él, pero yo no quería ser ladrón.

Me conchavé en un depósito de vino. No me pagaron los siete pesos que me habían prometido y me echaron a la calle para tomar a otro muchacho. El patrón hacía eso todos los meses para tener empleados gratis. Cada vez que he querido dejar de ser ladrón, me ha pasado lo mismo: he encontrado a alguna persona honrada que me robaba a mí. Y he tenido que volver a robar. En una casa me tomaron para cebar mate, nada más. No me ofrecieron sueldo, pero me hacían lavar patios, lustrar pisos y casi no me daban de comer. Estuve una semana. Me fui. Recuerdo que la señora, desde la puerta de calle, me gritaba: "¡Desagradecido"! No se que debía agradecerle. ¿Que me hiciese rebajar cuatro kilos en la semana que le trabajé por la casa y la comida?... Después me topé con el Tano Pupo, y me hice cuentero. El Tano Pupo sí era un buen tipo. Vivía en una pieza de conventillo, dormía en un catre sin colchón; pero a la calle salía siempre muy bien vestido, con yaqué, bastón y galera. La "pinta" le servía para su trabajo. Además, tenía facha de decente, lindo tipo, canoso, con grandes bigotes para arriba y anteojos de carey. ¿Quién iba a desconfiar de un hombre tan paquete? Era napolitano, por eso le llamaban el "Tano Pupo". El se llamaba Pascual Pupollino. pero en algunas partes le decían Doctor Pupollino. Le voy a contar como "cuenteaba" el Tano Pupo. Operaba en las estaciones de ferrocarril. Allí siempre se encuentra un pajuerano, tipo atontado por el barullo de la ciudad, y con sus buenos pesotes en el bolsillo. Cuando el Tano Pupo "manyaba" un pajuerano, me lo señalaba. Entonces yo, acercándome a él. Con la cara más inocente de mi repertorio, le decía: - "¿Señor, qué es esto?" Y le mostraba una moneda de oro, un argentino. El pajuerano se detenía a mirar, y el Tano Pupo intervenía: "Eso es un argentino, vale según el cambio". Le decía al otro, despacio, como para que yo no oyera. Y a mí"

"¿Dónde la encontraste, chico?". Yo, sacando la moneda de manos del otro, me apartaba, receloso. El Tano se quedaba "chamuyando" a la víctima. ¡Tenía una labia el Tano Pupo! Se me acercaban los dos. El Tano tomaba la palabra. Si no hubiese sido "cuentero" hubiera servido para diputado. "Te compramos esa medalla" me decía. "Bueno", aceptaba yo, "pero si me compran todas, aquí tengo más". Y sacaba otras nueve monedas de oro. El Tano hacía aspavientos y muecas, le hablaba por lo bajo a la "víctima". Al fin éste quedaba convencido. ¡Si el Tano era capaz de convencer a una estatua! El pajuerano sacaba dinero y el Tano también. "¿Cuánto querés por tus diez medallas?" "Cincuenta pesos". Ellos siempre ganarían, pero antes de aceptar me proponían ir a una casa de cambio, a ver a cuánto estaban los argentinos oro. Y encargaba al pajuerano que fuese y los cambiase. Yo aceptaba entregarlos siempre que uno de ellos se quedase conmigo y se hiciese un paquete con su dinero y mis monedas. El Tano hacía el paquete y se lo daba a la "víctima". Cuando éste iba a alejarse, sin recelar nada, ya que él llevaba todo, el oro y los pesos, el Tano lo volvía a llamar: "No meta el paquete en ese bolsillo, se lo pueden robar; métalo en éste." Le sacaba el paquete de donde lo había guardado y le hacía el cambiazo, metiéndole en el bolsillo interior del saco otro que sólo contenía papeles. No bien el pajuerano doblaba la esquina, nosotros subíamos a un auto. ¡Y que nos buscase!

- ¿Y qué se hizo del Tano?

- Está preso. Yo lo hice meter preso. Le voy a contar. Una vez, en un banco, una vieja española acababa de sacar trescientos pesos de la caja de ahorros. Ya se iba, cuando el Tano, que estaba allí conmigo, dándome el bastón y el sombrero, se le acercó y le dijo: "Señora, un momento, soy empleado del banco, permítame su libreta y el dinero. Hay una equivocación." La vieja le entregó todo, sin desconfiar. El Tano se metió entre la gente y salió por otra puerta. La pobre vieja quedó esperando. Al fin, empezó a preguntar a los empleados, a los policías... Y se dio cuenta que la habían robado. Se puso a llorar y a decir que ese dinero lo llevaba para hacer operar a su hija y que ésta se iba a morir, que me dio lástima. Me acerqué a un vigilante y le dije dónde vivía el Tano Pupo. Esa misma noche dormía en el calabozo. Me volví a quedar en la calle. Y pasaron más meses. Trabajando y robando. Hasta que pensé suicidarme. Una noche tenía ganas de tirarme sobre las vías del tren. No tendría muchas ganas, porque cuando pasó el tren, en lugar de

tirarme, me aparté. Esa noche llevaba dos días sin comer. Estaba triste y rabioso. No sabiendo qué hacer, me acerqué a un vigilante y le dije: ¿"Sabe una cosa, agente? Acabo de matar a un hombre". El vigilante me miró, sorprendido. "Lléveme preso". Él volvió a mirarme y, sonriendo, me preguntó: ¿"Has comido hoy?" "Hace dos días que no como". "Bueno, tomá, andá y tomate un completo en aquella lechería. Si cuando terminás, deseas que te lleve preso, vení a buscarme". Me dio unas monedas... No volví a buscarlo. Al sentir el café con leche caliente en el estómago, me pareció que los calabozos eran demasiado fríos, que las tarimas son muy duras y que por la comida de la comisaría, no vale la pena estar encerrado. Antes de tomar el café con leche, pan y manteca, toda mi felicidad hubiese sido comer el puchero de la comisaría, dormir sobre una tarima. Más de dos semanas llevaba durmiendo sobre los umbrales. Poco tiempo después volví a encontrar a mamá. No la hubiese conocido. Estaba disfrazada de vieja jorobada. Y pedía limosna. Me llevó a su casa. Vivía con un hombre, que también se disfrazaba para pedir; pero él era rengo de verdad. Me recibieron muy bien. Me agasajaron. Mamá y el otro me quisieron hacer limosnero. Yo no quise, preferí robar. El marido de mamá se enojó mucho: "¡No, no, robar, no! Yo no quiero líos con la justicia. Yo soy un hombre honrado." Quise mendigar, pero no pude. Y volví a robar. El otro me echó de su casa. Mamá se quería venir conmigo y dejarlo. Yo escapé. Allí, por lo menos, ella no corría peligro de caer presa. ¿Para qué iba a sacrificarse por mí? Si yo la hubiese querido, bien; ¡Pero no queriéndola!... Y quedé en la calle otra vez, robando. Era inútil querer trabajar. Los hombres son muy ladrones, se aprovechan de los chicos... Hasta anoche, que me encontré con su amigo. ¿Así que me toma de actor?

-¿Me va a pagar o sin sueldo?

- Te voy a pagar.

- Yo no quiero que me pague.

- ¡Vamos, hombre! ¿Me crees tan "honrado" como para hacerte trabajar gratis?

- Cuando un chico entra a una escuela, él es quien paga. Yo debería pagarle a usted, que me va a pagar de actor... Cuando representemos Juan Moreira, deme un papel de vigilante. Tantas veces me han llevado preso a mí, que alguna vez quiero darme el gusto de llevar preso a los otros, aunque no sea de verdad.

- Nosotros no representamos "Juan Moreira".

- ¡Qué lástima!... Pero representen lo que representen, si hay algún vigilante, démelo a mí. Nunca me dé de ladrones. Yo no sé hacer de ladrón... ¿Por qué se ríe?

El árbitro

*"El alma del niño no es un vaso que se llena,
sino una lámpara que se va a encender".
Plutarco*

- ¡Ni una palabra más, Braulio! Llévate esos ochocientos pesos que te faltan. Me los pagarás mensualmente. Si se los pedís a un prestamista, no te librarás nunca de él. De todas maneras, yo los tenía en el banco. ¿Los necesitás vos? ¡Llévatelos, pues!
 - Gracias, Alberto. Dame un papel, te firmaré...
 - ¡No faltaba más, muchacho! ¿Entre nosotros, amigos de treinta años, andar con recibos y papeles? ¡Sólo faltaba que quisieras pagarme intereses! ¿Desde cuándo tan formalista, vos?
 - No es formalismo, Alberto; sólo es precaución. Puedo morirme...
 - Tu mujer me los pagará. Y si me muero yo, vos se los pagarás a mi mujer.
 - ¿Estás seguro?
 - ¡Segurísimo! No es de hoy que nos conocemos. Ya ves, pobres los dos. ¿Por qué? ¡Porque somos decentes! Para comprar este terrenito donde edificarte un rancho por mensualidades, allá, por no sé qué suburbio, donde el diablo perdió el poncho; tenés que pedir prestado. ¡Y hace un cuarto de siglo que yugás! Yo empecé a juntar para lo mismo. Y esos ochocientos pesos es todo lo que tengo. Enfermedades, clavos... ¡Ahí tenés todo mi capital! Ochocientos pesos. Y hace también otro cuarto de siglo que ando de Herodes a Pilatos buscándome el puchero. Vos siquiera has podido juntar algo más.
 - Gracias a que mi mujer también trabaja. Con las lecciones de piano, me ayuda. Aunque ahora... En fin, voy a ver si le doy este gusto a la pobre. Hace años que sueña con tener su casa. ¡Cosas de mujeres!
 - Ya que decís esto, te haré una advertencia: que mi mujer no sepa absolutamente nada de este préstamo. Ya sabés que ellas no son como nosotros. Nosotros creemos en la amistad y en que hay amigos. Recomendale a tu mujer que no le vaya a decir.
 - No puede decirle porque están enemistadas.
 - No lo sabía. Mi mujer ha de tener la culpa, porque no me ha contado nada. Pero para nuestro asunto, mejor que no se hablen.
 - Esta noche te mando el recibo.
 - No te saludo más si hacés eso. Mi mujer es capaz de abrir la carta, y si se entera, me araña.
 - Te lo mandaré a la oficina.
- A la mañana siguiente, Alberto Gómez recibía un papel con estampilla, perfectamente legalizado, por el cual Braulio Guillón constaba haber recibido de él ochocientos pesos en préstamo. Y esa misma noche, Braulio Guillón recibía de su amigo Alberto Gómez el recibo hecho menudos pedazos.
- Al abrir el sobre y constatar lo que era, Braulio ocultó la emoción en una sonrisa, y estiró a su mujer el despojo del documento. Comentó:
- ¡Qué loco este Alberto! Siempre ha sido así, desde la escuela. Generoso, gran amigo. No tuve más que insinuarle el deseo del préstamo, ¡y ya me ofreció todo lo que tenía! Hombres así se encuentran pocos...
- Y como su mujer callara, pensativa, él preguntó:
- Eh, ¿qué te parece, Micaela?
 - ¿Qué?
 - ¡El rasgo de mi amigo, pues! ¿Qué opinarías si yo hiciese esto?

- ¿Qué?

- Esto de prestarle dinero a un amigo, sin aceptarle documentos...

La mujer siguió callada. Estaban solos. Desde la otra pieza llegaban los teclados del piano donde Olegario, hijo de ellos, estudiaba música.

- No me has respondido - insistió el hombre.

- Y... - balbuceó ella -, me parece que no estaría del todo bien. Tenés mujer e hijo. Primero está la educación de tu hijo, su porvenir antes que cualquier amigo.

- Igual podría haber pensado Alberto. Él tiene una hija.

- Sí, es cierto...

- Y me presta todo lo que tiene, sin recibo, con absoluta confianza.

- ¿Y su mujer?

- La mujer no lo sabe.

- Ya me parecía. Ella es más...

Se detuvo. Él insistió:

- ¿Más qué?

- No encuentro la palabra.

- ¿Más egoísta, quisiste decir?

- No, más prudente.

Él rezongó algo, ininteligible.

Y callaron.

Desde la pieza contigua llegaban los acordes de una sonata.

- ¡Qué prodigioso pianista va a ser nuestro Olegario! - exclamó la madre, y sus ojos cobraron vida extraordinaria al lanzar la exclamación -. ¿Oís eso? ¡Qué estupendamente interpretado está! ¡Y un niño de catorce años, una criatura! Vos no podés valorarlo, pero yo sí, yo he tenido sueños artísticos, yo he deseado ser... ¡Y no soy nada! Cuando los padres tienen un hijo como él, con el porvenir de él por delante...

No siguió hablando. El hombre la miraba, serio, sin comprender del todo, quizás con miedo de comprender.

Desde la otra pieza, la música del piano ponía entre ellos una atmósfera de paz que los obligó a no seguir hablando. Sus pensamientos hostiles se iban adormeciendo en esa música que el idolatrado niño arrancaba del teclado. En silencio, recogidos, subyugados por su dulzura, se dejaban estar, ajenos a sí mismos, a su propia mezquina existencia, a sus preocupaciones diarias, insignificantes y terribles a la vez.

De pronto, llamaron a la puerta.

- ¡Adelante!

Entró un hombre, un desconocido.

- ¿Usted es el señor Braulio Guillón? Traigo una mala noticia. Algo que nadie esperaba, algo espantoso...

- ¡Hable... hable!

- Su amigo Alberto...

- ¿Alberto Gómez? ¿Qué?

- ¡Se ha ahogado! Esta tarde, en el río. Fue a pasar el sábado con unos colegas de trabajo, entró al río a bañarse. Se alejó demasiado, resbaló en el canal... Braulio había caído sobre una silla. El estupor no lo dejaba hablar, tembloroso.

El hombre se despidió:

- ¡Me voy! Tengo que avisar a otros amigos...

- ¿Pero está muerto?

- Sí, señor. De paso voy a avisar a las pompas fúnebres. El cuerpo ya está en la casa. ¡Me voy!

Salió el hombre. De la pieza de al lado seguía llegando el raudal lento y magnífico de la música. El niño, ajeno al mundo de los adultos, tocaba. Seguía tocando, sin haber oído nada.

La mujer comentó:

- Siempre imprudente, tu amigo.

Estalló el hombre. De pie, con los puños frenéticos, como si la fuese a golpear,

gritó:

- Es todo lo que tenés que decir, ¿eh?

Avanzó. Ella, asustada, dio un paso atrás. Con el índice sobre la nariz, hizo ella una alarmada señal de silencio, y corrió a cerrar la puerta que comunicaba con la pieza donde el niño, entregado a su mundo, el sobrehumano mundo de los sonidos, vivía feliz. La mujer quería preservar al hijo de los dolores y de las tragedias que a ellos angustiaban. La música se apaciguó. Y ella se volvió al marido, suplicante:

- ¡Perdoname!

Su palabra y su gesto, desarmaron al hombre que abrió los puños y se dejó caer nuevamente en la silla.

Ella se puso a su lado y comenzó a acariciarle la cabeza, igual que hacía con el hijo. El hombre comenzó a restregarse los ojos, violentamente, como si deseara quitar de ellos una visión. Y murmuraba:

- ¡Qué horrible! ¡Qué horrible! ¡Si parece mentira!

Ella lo seguía acariciando.

El se puso de pie.

- ¡Voy para allá! - dijo. Y comenzó a ponerse el saco, apresuradamente. Ya iba a tomar el sombrero, cuando ella se interpuso:

- ¿Y qué vas a hacer allá?

- ¡A verlo, pues!... Y además a devolverle a la viuda esos ochocientos pesos. Los va a necesitar, ahora...

- De eso quería hablarte...

- ¡Micaela! - gritó él, y los dedos se le crisparon como si quisiera estrangularla.

Ella no se amedrentó. Muy serena, singularmente serena, con voz fría, dijo:

- La mujer no sabe nada.

- ¡Micaela! - volvió a rugir él; la tomó de un brazo, y apretó, tembloroso de cólera.

Ella, más calmada aún, se deshizo de la mano que la asía tan brutalmente, y habló:

- Nos quedaremos sin el terreno. Ya has dado la seña... No podremos hacer la casa. No es por mí que pienso estas cosas. El... él... con la cabeza señaló la puerta al

través de la que, algo opaco, seguía llegando un raudal de música maravillosa). El es un artista... no sabrá luchar en esta vida. Siquiera que tenga un techo seguro...

- ¡El hará de árbitro! - decidió el hombre. Y antes de que ella pudiera impedirselo, abrió la puerta.

- ¡Olegario! ¡Vení!

Y se dejó caer sobre una silla, exhausto.

La música cesó de sonar y en la puerta apareció el niño: Alto, delgado, los cabellos en desorden y algo crecidos, cayéndole sobre la abombada frente. Los ojos claros, brillantes, limpios, bellos, que miraban sin ver bien aun, como si volvieran de un mundo luminoso y estuviesen obnubilados.

- ¿Qué, papá? - preguntó - ¿Me llamaste?

La madre se había acurrucado en un rincón, hosca.

- Sí, hijo. Vas a contestarme una pregunta. Meditá antes de responderme.

Un poco asombrado, el niño se puso muy serio. Miró al padre, que hacía esfuerzos para aquietar sus nervios, miró a la madre, ceñuda, hundida en sí misma; y se aproximó a ella.

- ¿Qué pasa, mamá? ¿Por qué estás así, mamá? Aquí ocurre algo raro, mamá...

Ella iba a hablar. El hombre la interrumpió:

- No es nada grave, hijo. No te alarmes. A nosotros no nos ocurre nada. Escuchá esto: Un amigo, pongamos que se llama Equis, le presta a otro amigo, Zeta, una cantidad de dinero. Nadie sabe que se los prestó. No ha quedado constancia alguna. De pronto, Equis muere. Deja la viuda y una hija. ¿Qué debe hacer Zeta?

El niño sonrió. Abriendo las palmas, hizo un gesto vago, como si quisiera decir:

¡Pero esto que me preguntan es una tontería! Miró a la madre, que ahora hundía la vista en el suelo, y habló. Naturalmente, dijo:

- ¡Si no devuelve lo que le prestaron, es un ladrón!

Braulio dio un salto, tomó su sombrero, se lo hundió bruscamente, abrió un cajón, sacó un puñado de billetes y salió, dando un fuertísimo portazo.